



Documentos de formación de la
sección española de la IV Internacional

4

¿Qué es...
el bolchevismo?

¿Qué es el bolchevismo?

Ayudar a la clase obrera a emanciparse por sí misma mediante la organización

Definiendo lo que es el bolchevismo, Pierre Lambert explicaba:

“(...) Según Marx y Engels, el partido político es resultado de la organización del proletariado como clase, en su lucha de clase, que es una lucha política. León Trotsky (...) se sitúa plenamente en esta posición, indicando como ya hicieron Marx y Engels que los comunistas no tienen intereses distintos de los del proletariado. Y añade: ‘La lucha del partido (revolucionario) para la mayoría de la clase en ningún caso debe entrar en contradicción con la necesidad que los obreros tienen de unidad en sus filas de combate’.

Con ello León Trotsky sólo traduce una situación de hecho. Los aparatos socialdemócratas y estalinistas, al pasarse del lado del orden burgués, provocaron la escisión en las filas del proletariado. Pero el partido revolucionario ha de combatir necesariamente por la unidad del proletariado. Ya que solamente mediante la unión se constituyen los proletarios en clase. Por lo que no puede haber contradicción entre el combate por la unidad de clase contra la burguesía y el estado y el combate del partido revolucionario por la victoria de la revolución proletaria.

Pero si bien el proletariado es la clase más homogénea de la sociedad (y por tanto susceptible de ser la clase más consciente de sus intereses de clase) por el lugar que ocupa en las relaciones sociales de producción, es sin embargo una clase dividida por la explotación capitalista. Sólo puede conquistar la consciencia de clase de sus intereses, que se identifican con los intereses históricos de la humanidad, mediante y en la lucha de clase revolucionaria; pero la conquista de esta consciencia de clase, en la lucha de clases, choca con todos los obstáculos, objetivos y subjetivos, puestos por la sociedad burguesa, que no puede sobrevivir y subsistir si no es desviando (dividiendo) al proletariado de la consciencia de sus intereses históricos de clase. Uno de los obstáculos burgueses más importantes es la división del frente de clase operada por los aparatos burgueses que controlan al movimiento obrero. Por lo que el combate del partido en ningún caso o circunstancia puede ‘sustituir’ al combate del proletariado, que debe aprender, con la ayuda del partido, a desbrozar los caminos de la emancipación de los trabajadores, que será obra de los trabajadores mismos”. (La Verité n.º 592, junio de 1980; documento citado en La Verdad n.º 60-61, número especial Pierre Lambert).

Así pues, el bolchevismo es lo contrario de la caricatura que de él hacen los enemigos del proletariado, que afirman que es una concepción autoritaria y “centralista” de la organización. Según Lenin se trata de ayudar a la clase obrera, mediante la organización, a emanciparse por sí misma.

El bolchevismo no es una técnica de organización, una invención de Lenin. Es el método del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels –la construcción de partidos obreros por la II Internacional– aplicado a la organización de las filas revolucionarias en la “*época de las guerras y las revoluciones*”.

En ese sentido, el bolchevismo no es sino la forma organizada, en la época del imperialismo, del método de Marx y Engels en 1847-1848, y de la fundación de la II Internacional por Engels.

Puesto que la formalización del bolchevismo por Lenin se operó en el marco de la II Internacional, de la que era miembro el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), éste se basó en el ejemplo de la poderosa organización de la socialdemocracia alemana. Pero fue más allá, ya que su concepción de la organización era inseparable de su convicción de que el paso al socialismo no sería producto de reformas graduales, sino que sólo podía efectuarse mediante la revolución proletaria.

Lenin, sin ser claramente consciente en la época de la degeneración que se estaba operando en la II Internacional, buscó constituir un partido de “revolucionarios profesionales” (en contraposición a los aficionados pequeñoburgueses que cultivan la profesión de “jefes revolucionarios”). Un partido de militantes, de luchadores integrados en su clase, un partido de obreros y no de “jefes”.

Veremos en este folleto cómo se construyó y cómo actuó el partido bolchevique durante la Revolución Rusa; después definiremos, sobre la base de esta experiencia de 1917, la estrategia del frente único obrero, eje de la construcción de un partido de tipo bolchevique. De modo que hemos de abordar el indispensable estudio de la actividad del partido bolchevique en la Revolución Rusa.

De la escisión de 1903... al sóviet de 1905

Desde el momento de la fundación del POS DR, hubo dos corrientes opuestas: la que dirigía Lenin se pronunciaba por una organización centralizada; Mártov era partidario de una organización más abierta. La discusión se concentraba en el artículo 1 de los estatutos del partido.

El proyecto de Mártov indicaba:

“Se considera perteneciente al POS DR a quien, reconociendo su programa, trabaja activamente para llevar adelante sus tareas bajo el control y la dirección de los organismos del partido”.

Por su parte, Lenin escribía:

“Es miembro del partido aquel que reconoce su programa y apoya al partido, tanto con sus medios materiales como mediante su participación personal en una de las organizaciones del partido”.

Y Lenin advierte lo que implica este debate:

*“La idea del párrafo 1 sólo aparece cuando se plantea la pregunta: ¿pueden los órganos del partido ejercer de hecho **su dirección** sobre los miembros del partido que **no forman parte** de ninguna organización del partido?” (Un paso adelante, dos pasos atrás).*

En esta discusión, aparentemente administrativa, se dirimía la naturaleza misma del partido en construcción, ya que para Lenin,

“Cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones del partido, englobando a verdaderos socialdemócratas, menos vacilaciones e inestabilidad habrá dentro del partido, y más amplia, variada y fecunda será la influencia del partido en las masas obreras (...). En efecto, no es procedente confundir el partido de vanguardia de la clase obrera con toda la clase”. (Ibidem).

Para Lenin, el partido es una categoría diferenciada. El partido no se eleva por encima de la clase obrera. Expresa conscientemente el movimiento inconsciente de las masas. Es decir, formula en consignas, iniciativas, tácticas, lo que permite expresar la lucha de clase del proletariado. En esta discusión, Lenin establece el marco de un partido organizado sobre la base de los principios del marxismo, que sea capaz de elaborar su orientación y rectificar sus errores, en relación con los acontecimientos de la lucha de clases en cada etapa (1905, 1914, 1917).

Por entonces, nadie era consciente de que el desacuerdo organizativo expresase un desacuerdo sobre la propia perspectiva revolucionaria.

En los hechos, el bolchevismo (de *bolsheviki*: mayoritarios en la votación de los estatutos), con sus objetivos revolucionarios, era la continuidad del combate de Marx y Engels y de la II Internacional; el menchevismo (*mencheviki*: minoritarios) era la expresión de la degeneración que se estaba operando en la II Internacional.

Por toda una serie de razones que no podemos tratar aquí, Trotsky –aunque también mantenía una orientación revolucionaria– se opuso a la concepción del centralismo de Lenin. Esto produjo la ruptura entre ambos y, aunque estuvieron juntos en 1915 y 1916 en Zimmerwald y Kienthal contra la guerra imperialista, siguieron polemizando durante largos años, hasta 1917, cuando Trotsky se incorporó al Partido Bolchevique¹.

Trotsky mantenía en aquel momento una posición de “conciliador” entre ambas fracciones, y él mismo escribió más tarde respecto de su posición conciliadora:

“La teoría y la experiencia han revelado, desde hace largo tiempo, su error profundo. La simple reconciliación de las fracciones sólo puede darse en algunas líneas ‘intermedias’ (...) La tarea de la política científica consiste en deducir el programa y la táctica del análisis de la lucha de clases, y no del paralelogramo de fuerzas tan secundarias y transitorias como las fracciones políticas. (...) Si la ‘marcha de los acontecimientos’ es capaz de dictar a las masas la política correcta, ¿para qué una unión especial de la vanguardia proletaria, la elaboración de un programa, la selección de una dirección?” (Stalin).

En 1905, dos años después de la escisión y treinta y cuatro años después de la revolución parisina de 1871, entroncando con el movimiento revolucionario de la Comuna, la clase obrera se organiza en un *sóviet* (consejo).

La dirección bolchevique, recelando de esta organización, se mantiene al margen.

Por su parte, Trotsky, que ha regresado a Rusia en cuanto se dieron las primeras manifestaciones, desempeña un papel principal en el *sóviet* de Petrogrado (San Petersburgo), y será su dirigente. En Petrogrado, bajo su influencia, las secciones menchevique y bolchevique se acercan. Comprendió la significación revolucionaria del *sóviet*, y que los hechos confirmaban su incipiente elaboración sobre la revolución permanente, enlazando con la famosa frase de Marx en 1850 sobre “*la revolución permanente*”.

Tras el aplastamiento de la revolución de 1905, Trotsky desarrolla la idea del lugar central del proletariado en la revolución, incluso en un país atrasado como Rusia. Polemiza entonces con Mártov y los mencheviques que critican lo que ha sucedido en el *sóviet*, considerando que el único camino para avanzar hacia el socialismo en Rusia exige una etapa burguesa de tipo 1789, previa al combate por el socialismo; de modo que hay que trabajar por ello en común con las fuerzas burguesas democráticas.

No es ése el punto de vista de los bolcheviques, aunque la mayoría de ellos no haya comprendido el significado de 1905, viendo en los *sóviets* un sustituto del partido. Por su parte, Lenin es claramente consciente de la hegemonía del proletariado en la lucha revolucionaria. Considera en un primer momento que la etapa burguesa es necesaria,

1.- Stalin utilizará más tarde las polémicas de esta época en su marcha hacia la toma del poder.

pero sabe también que la burguesía rusa es incapaz de hacer su revolución; así pues, corresponde al proletariado, aliado con el campesinado, realizar las tareas democráticas burguesas en Rusia. En esta perspectiva Lenin avanza la consigna de *“dictadura revolucionaria democrática del proletariado y del campesinado”*.

En 1906, las fracciones menchevique y bolchevique se reunifican en el congreso de Ámsterdam, para escindirse de nuevo algún tiempo después (1912). Trotsky intenta nuevamente desempeñar el papel de “unificador”. Es la época de la polémica más viva con Lenin, que le acusa de dar cobertura “de izquierdas” a los oportunistas.

Si bien es evidente que la teoría de Trotsky sobre la “revolución permanente” va a ser confirmada por la Revolución de Octubre de 1917, ésta última sólo será posible porque existe un partido, el Partido Bolchevique de Lenin. Por otra parte, Trotsky lo reconoce al incorporarse al Partido Bolchevique, partido revolucionario situado en el terreno de la independencia del proletariado. Con sus *Tesis de abril* (1917), Lenin ha de rearmar al partido y a la dirección bolchevique (alineada con los mencheviques durante la revolución de febrero), sobre el carácter proletario de la revolución. Trotsky y Lenin convergen y superan, en y ante a los problemas planteados por la revolución, sus pasados desacuerdos.

La paradoja de febrero

El 9 de enero de 1917, aniversario del estallido de 1905, tienen lugar manifestaciones y huelgas, especialmente en Petrogrado. El 23 de febrero, en plena carnicería de la guerra mundial, se desarrollan huelgas y manifestaciones en la jornada internacional de las mujeres; los obreros del textil instan a los metalúrgicos a unirse al movimiento².

“El 23 de febrero era el día internacional de las mujeres (...) Ninguna organización preconizó la huelga ese día (...). De hecho, está establecido que fueron elementos de base los que desencadenaron la revolución de febrero (...). El número de huelguistas, mujeres y hombres, fue de unos 90.000 (...). Al día siguiente casi la mitad de los obreros de Petrogrado fueron a la huelga (...). La consigna ‘¡Pan!’ queda marginada o tapada por otras fórmulas: ‘¡Abajo la autocracia!’, ‘¡Abajo la guerra!’ (...). Los soldados habían recibido orden de disparar (...). El 27 de febrero desde primera hora, uno tras otro, los batallones de reserva de la Guardia se amotinan antes de salir de los cuarteles.” (León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*.)

En ese proceso se forman los consejos obreros (los sóviets).

El 27 de febrero se constituye el sóviet de Petrogrado. El zar abdica y se forma un gobierno provisional a partir de la Duma, el Parlamento títere zarista.

La revolución de febrero entrega el poder gubernamental a políticos que no han participado en ella (liberales burgueses). Es lo que Trotsky llama la *“paradoja de febrero”*.

El sóviet de Petrogrado, y luego los demás sóviets y el comité ejecutivo de los sóviets, están dirigidos mayoritariamente por los mencheviques y los socialistas revolucionarios (SR). Son los jefes de los sóviets los que permiten que se forme ese gobierno provisional y lo apoyan. Pero, simultáneamente, **el sóviet empieza a actuar como si fuera el gobierno**. El 19 de marzo publica su primer decreto (“Prikaz n.º 1”), que pone a la tropa bajo su control.

De manera que hay **una situación de doble poder**. Dos poderes antagónicos expresan los intereses de clases sociales opuestas. Por un lado, un gobierno que expresa la voluntad de la burguesía de desembarazarse del zarismo, pero, sobre todo, de conservar su dominación de clase, de no cuestionar la propiedad privada, no realizar la reforma

2.- 23 de febrero/8 de marzo: Rusia se regía aún por el antiguo calendario “juliano” mientras que el resto de Europa se había pasado al calendario “gregoriano” del papa Gregorio.

agraria, y también de mantener la participación de Rusia en la guerra imperialista. Por otro lado, los sóviets expresan la voluntad de las masas obreras y campesinas de acabar con la guerra, de lograr la reforma agraria, de liquidar el viejo orden social de explotación y de opresión.

Los partidos mencheviques y SR son partidos de la clase obrera y del campesinado, se proclaman socialistas; pero, en nombre de la “necesaria etapa democrática burguesa”, sus jefes quieren preservar el orden capitalista colaborando con la burguesía. Esta cuestión de la “**colaboración de clase**” no es una especificidad rusa: la degeneración de la II Internacional llevó a sus partidos, contra todas las enseñanzas del marxismo, a colaborar con la burguesía contra los intereses del proletariado.

Esta situación mostraba también que los partidos que tienen su origen y sus raíces en el movimiento obrero no son rechazados de golpe por los trabajadores **en el momento en que** se ponen en marcha por la revolución, ni **en el momento en que** los jefes de esos partidos emprenden un camino de traición. En una primera etapa del proceso revolucionario –cuando la clase en su conjunto, incluidos sus sectores más atrasados, se pone en movimiento– la tendencia es a volverse mayoritariamente hacia los partidos tradicionales de la clase obrera. El partido bolchevique no estaba aislado en esta ola revolucionaria, pero era minoritario en aquel momento.

Las “Tesis de abril”

El 3 de abril de 1917 Lenin vuelve del exilio y llega a Petrogrado. El 4, en una reunión de la fracción bolchevique, presenta un documento, conocido más tarde como las *Tesis de abril*, y queda en minoría sobre la posición que defiende.

Durante la revolución de febrero, la dirección bolchevique (sin Lenin, que estaba en el exilio) había condenado al gobierno provisional como un gobierno burgués, pero bajo la presión de los “acontecimientos”, afirmaba que el partido podría apoyar a ese gobierno mientras “*sus actos correspondiesen a los intereses del proletariado*”. Como si el proletariado no hubiese constituido el embrión de su propio poder: los sóviets. De hecho, esta posición se adaptaba a los mencheviques.

Las *Tesis de abril* de Lenin, por el contrario, denuncian la continuación de la guerra imperialista, al gobierno provisional (“*ningún apoyo al gobierno provisional, demostrar el carácter engañoso de todas sus promesas*”), la negativa a la reforma agraria...

En la tesis n.º 5, escribe:

“*No una República parlamentaria –volver a ella después de los sóviets de los diputados obreros sería un paso atrás– sino una República de los sóviets*”. El eje central de sus tesis es: “*todo el poder al sóviet*”.

Señala:

“*Es el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de consciencia y de organización, a su segunda etapa, que debe poner el poder en manos del proletariado y del campesinado*”.

Lenin zanja así la discusión con Trotsky sobre las cuestiones de “dictadura democrática” y de “revolución permanente”. Más tarde, en una reunión del Partido Bolchevique con la organización de Trotsky, Lenin propone la fusión y la cooptación de Trotsky al Comité Central del partido.

El 24 de abril, tras varias semanas de batalla política en el seno del partido bolchevique, Lenin obtiene una amplia mayoría para sus tesis en la conferencia nacional del partido. Este “rearme” del partido, como Trotsky lo llama, no se logra sólo gracias al “prestigio”

de Lenin. Es minoritario en la dirección del partido, pero ha ganado la mayoría entre los militantes que participan en los sóviets.

Como explica Trotsky:

“Lenin no se oponía fuera del partido, sino que era su expresión más acabada. Educando al partido, se educaba a si mismo, su desacuerdo con la capa dirigente de los bolcheviques significaba una lucha del partido entre su ayer y su mañana”. (Historia de la Revolución Rusa)

El Partido Bolchevique puede entonces emprender el combate por *“el pan, la paz, la libertad”* y *“todo el poder a los sóviets”*.

“La inmensa mayoría de los obreros mencheviques, socialistas revolucionarios y sin partido, apoyaron a los bolcheviques en el momento en que la lucha contra el zarismo se convirtió en un cuerpo a cuerpo. Pero sólo una pequeña minoría de obreros comprendió en qué se distinguían los bolcheviques de los demás partidos socialistas. Sin embargo, todos los trabajadores trazaban una línea divisoria muy clara entre ellos y la burguesía”. (Ibidem)

En la lucha, los trabajadores se alineaban con los bolcheviques, pero la mayoría de ellos no veía lo que distinguía a los bolcheviques de los mencheviques y de los SR.

Aparece aquí de nuevo la cuestión de la unidad, de la actitud de los comunistas respecto de los demás partidos obreros; una cuestión formulada ya por Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848 y que, tras la revolución de Octubre, fue ampliamente desarrollada en la *Resolución sobre el frente único* de la Internacional Comunista (ver folleto nº 3).

La tarea del bolchevismo era lograr que esta distinción fuera consciente, manteniendo a la vez la unidad de clase; y ésta no podía realizarse sin tener en cuenta la existencia de diferentes partidos en los que se reconocía la clase obrera. La existencia de los sóviets no hacía desaparecer las diferencias entre partidos. Los SR y los mencheviques dirigían los sóviets.

Miliukov (político burgués, ministro de la Guerra) decide continuar la guerra, provocando manifestaciones hostiles al Gobierno los días 20 y 21 de abril. El Gobierno Provisional en crisis recula y dimite. El 5 de mayo se constituye un nuevo gobierno con la participación de SR y mencheviques. Es, en cierto modo, un gobierno de *frente popular*. (Ver folleto nº 3)

La fuerza del bolchevismo fue expresar conscientemente el proceso inconsciente de las masas en la revolución.

“Desde abril hasta septiembre de 1917, los bolcheviques reclamaron que los socialistas revolucionarios y los mencheviques rompiesen con la burguesía liberal y tomaran el poder en sus manos. Con esa condición, los bolcheviques prometían a los mencheviques y a los socialistas revolucionarios, representantes pequeñoburgueses de los obreros y de los campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía; sin embargo, se negaban categóricamente tanto a entrar en el gobierno de los mencheviques y los socialistas revolucionarios, como a cargar con la responsabilidad política de su actividad”. (Programa de Transición.)

La consigna de ruptura de la coalición con la burguesía se formuló en positivo: **“todo el poder a los sóviets”, “gobierno sin ministros capitalistas”**.

Al mismo tiempo, los bolcheviques siguen agitando de manera incansable: **“pan, paz, libertad”**. Así refuerzan sus posiciones en el seno de los sóviets. Porque los sóviets eran una baza fundamental de la lucha de clases. Eran el embrión del poder obrero y, a tal título, desde el punto de vista de la burguesía, tenían que ser destruidos. Pero ésta no contaba con medios como los que había tenido el poder para actuar contra la Comuna de París, o en 1905.

El objetivo del gobierno de coalición, al subordinar los sóviets al gobierno burgués, era aislarlos de su contenido revolucionario, es decir, destruirlos por un medio diferente a la represión directa; para eso, la burguesía necesitaba a los dirigentes mencheviques y SR.

De junio a julio comienza un giro decisivo

El primer congreso de los sóviets se convoca del 3 al 24 de junio. Los bolcheviques, aun habiendo progresado en los sóviets, sólo cuentan en ese congreso con 105 de los 822 delegados.

El 9 de junio, el Partido Bolchevique decide convocar una manifestación con la consigna *“Abajo los diez ministros capitalistas”*, que formula de manera agitativa la exigencia de ruptura de la coalición. El comité ejecutivo de los sóviets, es decir, mencheviques y SR, prohíben cualquier manifestación, pero convocan una manifestación de apoyo a su política el 18 de junio. Los bolcheviques ceden y convocan al 18 de junio con sus propias consignas: *“Abajo los ministros capitalistas”*, *“Abajo la ofensiva”* (contra la ofensiva militar programada en el frente), *“Todo el poder a los sóviets”*.

León Trotsky relata esta manifestación del 18 de junio:

“Tsereteli (un dirigente menchevique de los sóviets – NDLR) se dirigió a los bolcheviques: ‘Ahora veremos a quién sigue la mayoría: si a vosotros o a nosotros’ (...). Alrededor de 400.000 personas tomaron parte en la manifestación (...). Los delegados del congreso congregados en el Campo de Marte iban contando y leyendo las pancartas. Las primeras consignas bolcheviques fueron acogidas medio en broma. Pero las mismas consignas se repetían profusamente: ‘¡Abajo los diez ministros capitalistas! ¡Abajo la ofensiva! ¡Todo el poder a los sóviets!’. Las sonrisas irónicas se helaban en los rostros y, poco a poco, iban desapareciendo. Las banderas bolcheviques ondeaban hasta perderse de vista. ‘Aquí y allá, escribe Sujánov (un menchevique – NDLR) la sucesión de banderas y columnas bolcheviques se veía interrumpida por consignas específicamente socialistas revolucionarias o de los sóviets oficiales. Pero se perdían entre la masa’. (...) Naturalmente, no todos los obreros y soldados tomaron parte en la manifestación como tampoco todos los manifestantes eran bolcheviques. Pero nadie quería ya la coalición. Los obreros que seguían siendo hostiles a los bolcheviques no sabían qué oponerles. A partir de ahí su hostilidad se iba transformando en neutralidad expectante. Bajo las consignas bolcheviques marchaban no pocos mencheviques y SR que aún no habían roto con sus partidos, pero ya habían perdido la fe en sus consignas”. (Historia de la Revolución Rusa).

En esa situación, la burguesía intenta, con el apoyo de los SR y de los mencheviques, hacer retroceder a las masas mediante la violencia. Cuando una nueva ofensiva militar en el frente se convierte en un desastre, surgen explosiones de cólera entre las masas. Frente al bloqueo de los aparatos menchevique y SR, sectores de la clase obrera se ven afectados por un cierto “izquierdismo”. El primer regimiento de ametralladoras llama a manifestarse con la consigna *“Todo el poder a los sóviets”*. Los bolcheviques apoyan la manifestación, pero la convierten en una manifestación pacífica.

El gobierno provisional trae tropas del frente. Cierran los locales del partido bolchevique, prohíbe su prensa. Lenin pasa a la clandestinidad y Trotsky es encarcelado por algún tiempo. El partido está en una situación de semiilegalidad. En julio de 1917, el comité ejecutivo de los sóviets da cobertura a la represión. La situación en los sóviets es difícil. En Moscú y en Petrogrado tienden a debilitarse.

Haciendo balance de las jornadas de julio en su *Historia de la revolución rusa*, León Trotsky escribe:

“Los demócratas pequeñoburgueses, mencheviques y SR obtuvieron el poder de manos del pueblo revolucionario. No se habían propuesto esa tarea. No habían conquistado el poder. Se vieron colocados en ese lugar a regañadientes. Pese a la voluntad de las masas, hicieron lo imposible por transmitir el poder a la burguesía imperialista. El pueblo no tenía confianza en los liberales, pero confiaba en los conciliadores que, sin embargo, no confiaban en sí mismos (...). Los manifestantes de julio querían entregar el poder a los sóviets. Para ello era indispensable que los sóviets aceptasen tomarlo. Ahora bien, incluso en la capital, donde la mayoría de los obreros y de los elementos activos de la guarnición seguía ya a los bolcheviques, en el sóviet, en virtud de una ley de inercia específica de toda asamblea de representantes, la mayoría pertenecía aun a los partidos pequeñoburgueses que consideran que un atentado contra el poder de la burguesía era un atentado contra ellos mismos. Los obreros y los soldados experimentaban vivamente la contradicción entre su disposición y la política del sóviet, es decir, entre lo que habían sido ayer y lo que eran hoy.

Al sublevarse por el poder de los sóviets, no daban en modo alguno su confianza a la mayoría conciliadora. Pero no sabían cómo librarse de ella. Derribarla mediante la violencia hubiera significado disolver los sóviets en lugar de darles el poder. Antes de encontrar el camino hacia una renovación de los sóviets, los obreros y los soldados intentaron someterlos a su voluntad por el método de la acción directa (...). Como respuesta, los conciliadores llamaron a los cosacos. Los demócratas prefieren desencadenar la guerra civil contra el pueblo antes que tomar el poder sin derramamiento de sangre. (...) Al chocar con la resistencia armada del mismo órgano al que querían dar el poder, los obreros y los soldados perdieron consciencia de su objetivo”.

Las masas tienden entonces a abandonar los sóviets.

En esas condiciones los bolcheviques ya no plantean directamente la cuestión del poder en la forma de “todo el poder a los sóviets”, sino con una fórmula general: “hay que acabar con el gobierno provisional, hace falta un gobierno obrero y campesino”.

En una situación en que la burguesía ha emprendido una política de represión, la lógica lleva hacia una dictadura militar. Y la instauración de esa dictadura también habría tenido que barrer al gobierno provisional de su camino. El jefe del estado mayor Kornílov –un general “democrático”– intenta un golpe de estado en agosto. Para oponerse al golpe de mano de la reacción, las masas vuelven de nuevo a los sóviets.

Se abre una segunda etapa de la revolución.

Los bolcheviques toman la iniciativa de constituir un comité militar en el que están representadas paritariamente las tres organizaciones (SR, mencheviques y bolcheviques). El mismo hecho de haber constituido ese comité en pie de igualdad mostraba hasta qué punto la representación en los sóviets, que se había establecido en febrero, estaba al margen del desarrollo soviético real, del movimiento de las masas en las empresas y los barrios.

En la dirección del partido bolchevique se expresan presiones “unitarias”, contra las que Lenin explica:

*“Ni siquiera ahora debemos apoyar al gobierno de Kerenski, eso sería actuar sin principios. Podrían preguntarnos: ¿acaso no debemos luchar contra Kornílov? Sin duda debemos hacerlo, pero no es lo mismo. Aquí hay una línea de **democracia**, que han traspasado algunos bolcheviques que han caído en el conciliacionismo y que se dejan arrastrar por la corriente de los acontecimientos..*

Vamos a luchar y luchamos contra Kornílov igual que las tropas de Kerenski, pero no apoyaremos a Kerenski. Por el contrario, pondremos al descubierto su debilidad, he ahí la diferencia”. (12 de septiembre de 1917)

Y precisa:

“Propongo el compromiso siguiente: que los bolcheviques sin pedir participar en el gobierno (...) se abstendrán en lo inmediato de plantear la reivindicación de entrega del poder al proletariado”.

Lenin insiste en esta línea de frente único obrero abriendo la perspectiva de un gobierno obrero y campesino:

“Que los mencheviques y los SR consientan en formar un gobierno responsable sólo ante los sóviets, a condición de traspasar todo el poder a los sóviets. Pienso que los bolcheviques no deberían plantear ninguna otra condición, confiando en que una libertad de propaganda plena y total, y la realización inmediata de una nueva democracia en la composición y el funcionamiento de los sóviets podrían garantizar por sí mismas un avance de la revolución, una desembocadura pacífica de la lucha del partido en el interior de los sóviets” (14 de septiembre de 1917).

Seis semanas antes de la insurrección de Octubre, tenemos aquí la demostración de que la política bolchevique del frente único nada tiene que ver con maniobras coyunturales. Es una orientación de unidad de la clase obrera, que exige la independencia de clase y, por lo mismo, un partido.

Octubre de 1917

El papel de los bolcheviques es determinante en el aplastamiento del intento de golpe de Estado militar de Kornílov. La situación evoluciona “con la rapidez de un huracán”, en palabras de Lenin: los principales sóviets se pronuncian mayoritariamente a favor de la posición de los bolcheviques. Lenin concluye que ha llegado la hora de tomar el poder.

El 19 de septiembre, el sóviet de Moscú elige un comité ejecutivo de mayoría bolchevique. El 23 de septiembre, el ejecutivo del sóviet de Petrogrado elige a Trotsky como presidente. El 6 de octubre, la conferencia de los sóviets de la región de Petrogrado vota una moción “todo el poder a los sóviets”. El 9 de octubre, el ejecutivo del sóviet de Petrogrado decide crear un comité militar revolucionario. El 10, el Comité Central del Partido Bolchevique decide, por 10 votos a 2 (Zinóviev y Kámenev) que *“La sublevación armada es inevitable y ha llegado a su plena madurez”*. El 11 de octubre, el congreso de los sóviets de la región norte se pronuncia por la reunión inmediata del “congreso panruso de los sóviets), por el traspaso de todo el poder a los sóviets.

El 13 de octubre, el sóviet de Petrogrado crea una sección de “guardia roja”. El 22 de octubre, manifestación de masas por el “día del sóviet”. El mismo día, el ministro de Interior, Nijín exige por escrito al uso de la fuerza. El 24 de octubre, el gobierno decreta la prohibición de los periódicos bolcheviques.

El 25 de octubre, el comité militar revolucionario del sóviet hace ocupar los puntos estratégicos de la capital; Kerenski huye. A primera hora de la tarde, Trotsky anuncia ante el sóviet de Petrogrado el derrocamiento del gobierno provisional y, más tarde, se abre el segundo congreso de los sóviets, que ratifica la toma del poder.

El 26 de octubre, el congreso de los sóviets aprueba los decretos sobre la paz y la tierra; constituye el gobierno provisional obrero y campesino, el consejo de comisarios del pueblo.

Trotsky relata así el combate de Lenin para que la dirección bolchevique se alinee con el movimiento de las masas que pone a la orden del día la cuestión de la toma del poder por los sóviets:

“Existe en el CC y entre los dirigentes del partido una tendencia, una corriente a favor de esperar al congreso de los sóviets y no tomar el poder de inmediato (...). Según Lenin (...) hay que luchar contra las ilusiones constitucionales, hay que renunciar a la intención de esperar al congreso de los sóviets (...). La historia no perdonará a los revolucionarios un retraso”. (Lecciones de Octubre).

Y añade:

“Cada frase se forjaba sobre el yunque de la revolución (...) El sentimiento que las inspira es la indignación contra la actitud fatalista, de expectativa, socialdemócrata, menchevique hacia la revolución. (...) Tomar el poder es modificar el curso de la historia. ¿Es posible que tamaño acontecimiento pueda depender de un intervalo de 24 horas? Claro que sí (...) Los acontecimientos no se miden por el kilómetro de la política, sino por el metro de la guerra (...) Sin la precisión de Lenin, la crítica, la desconfianza revolucionaria de Lenin, probablemente el partido no habría enderezado su línea en el momento decisivo”. (Ibidem)

La primera revolución proletaria acababa de triunfar.

Esta victoria confirma el análisis formulado por Lenin en 1916, de que el imperialismo es la época “de las guerras y las revoluciones”.

De ahí se desprenden dos elementos fundamentales para una definición del bolchevismo:

- En la época del imperialismo, cualquier proceso revolucionario ha de ser dirigido por el proletariado; esta revolución es un eslabón de la revolución mundial (revolución permanente).
- La organización del partido, su fortalecimiento, necesario para ayudar a las masas en su movimiento, sólo puede realizarse con una política de frente único, pero exige una completa independencia del partido.

La experiencia de Octubre de 1917 deja algunas enseñanzas que vamos a ilustrar: el carácter proletario y permanente de la revolución, la necesidad del combate por la unidad de clase mediante la política de frente único y la construcción de un partido.

El bolchevismo: la actualidad de la revolución proletaria

El bolchevismo es una orientación y a la vez un método de organización, basados en la perspectiva de la revolución proletaria.

En *La Revolución Permanente* (1928-1931), Trotsky reúne toda la experiencia del movimiento obrero, desde Marx y Engels con *El Manifiesto del Partido Comunista* (1848) y la *Declaración de la Liga de los Comunistas* (1850 – *la revolución permanente*), pasando por la Comuna de 1871, hasta el sóviet de 1905, la revolución de 1917 y el combate de Lenin en el partido bolchevique.

La teoría de la revolución permanente puede exponerse en tres aspectos:

1.- *“Mientras que la opinión tradicional consideraba que el camino de la dictadura del proletariado pasa por un largo período de democracia, la teoría de la revolución permanente proclamaba que, en los países atrasados, el camino de la democracia pasa por la dictadura del proletariado. Por consiguiente, la democracia se consideraba no como un fin en sí que debía durar decenas de años, sino como un prólogo inmediato de la revolución socialista a la que la unía un lazo indisoluble. De este modo, el proceso revolucionario que iba desde la revolución democrática hasta la transformación socialista de la sociedad pasaba a ser permanente”.*

El ejemplo de China en 1949, con formas particulares y burocráticas, es una expresión de ello. El único camino para la soberanía de la nación china fue la reforma agraria y

la expropiación del capital. Pues en los países atrasados, es decir, dominados por el imperialismo, la teoría de la revolución permanente significa que la ruptura de los vínculos de subordinación al imperialismo y la soberanía nacional, que históricamente son tareas de la revolución democrática burguesa, no pueden realizarlas las débiles burguesías nacionales sometidas al imperialismo.

El ejemplo de la situación actual de la mayoría de los países africanos que no han podido realizar esta emancipación es una ilustración de esta necesidad urgente. Pero, para Trotsky, esta teoría no se limitaba a los países dominados. La planteaba en el marco de los países imperialistas, como las dictaduras o los regímenes fascistas en los que la cuestión de las reivindicaciones democráticas adopta un lugar central. La lucha por la democracia contra el fascismo no significa que se olvide este hecho central: el régimen fascista es la expresión de la dictadura de la clase capitalista. El combate contra el fascismo depende de la lucha del proletariado contra la burguesía.

Vimos (*folleto n.º 3*) cómo los frentes populares, alianzas de los partidos obreros con la burguesía “democrática”, no sólo no hicieron retroceder al fascismo, sino que incluso le allanaron el camino. La lucha contra el fascismo, en defensa de la democracia política –marco en el que el proletariado construyó sus organizaciones– no es lo mismo que la defensa de la democracia burguesa; plantea el problema de la toma del poder por el proletariado.

2.- *“El segundo aspecto de la teoría caracteriza a la propia revolución socialista. A lo largo de un periodo de duración indefinida y de una lucha interna constante, van transformándose todas las relaciones sociales. La sociedad sufre un proceso de metamorfosis (...). Los grandes cambios de la economía, de la técnica, de la ciencia, de la familia, de las costumbres, se desarrollan en una compleja acción recíproca que no permite que la sociedad alcanzar el equilibrio. En esto consiste el carácter permanente de la revolución socialista como tal”.*

Tal fue el caso en Rusia de 1917 a 1924, antes de la burocratización y la losa del estalinismo que condujeron a lo contrario de las medidas revolucionarias adoptadas por el estado obrero (ver folleto n.º 3). Ya que el estado obrero que garantiza el período transitorio sigue estando subordinado a la marcha de la revolución mundial. Por sí mismo no puede decidir la suerte del proceso histórico.

3.- *“El carácter internacional de la revolución socialista, que constituye el tercer aspecto de la teoría de la revolución permanente, es consecuencia inevitable del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad. El internacionalismo no es un principio abstracto, sino únicamente un reflejo teórico y político del carácter mundial de la economía, del desarrollo mundial de las fuerzas productivas y del impulso mundial de la lucha de clases. La revolución proletaria empieza dentro de las fronteras nacionales, pero no puede contenerse en ellas”.*

Hemos visto a qué condujo la “teoría” del “socialismo en un solo país” (ver folleto n.º 3): a la degeneración de la URSS y a su hundimiento, puesto que la revolución proletaria no es nacional, sino internacional.

León Trotsky subraya:

“La revolución socialista comienza en el terreno nacional, se desarrolla en la arena internacional y culmina en la arena mundial. De modo que la revolución socialista pasa a ser permanente en un sentido nuevo y más amplio: sólo acaba con el triunfo definitivo de la nueva sociedad en todo nuestro planeta”.

No se puede construir el socialismo en un solo país.

Los tres aspectos de la revolución permanente que acabamos de recordar brevemente indican, pues, que la revolución es permanente en el tiempo y, en sentido más amplio, en el espacio. El bolchevismo es internacionalista, ya que la victoria definitiva del socialismo sólo es realizable a escala mundial.

Ahí radica, en las condiciones de la fase superior del capitalismo (imperialismo), régimen social agónico, la continuidad de la posición de Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*: el acto de conquista del poder político no es más que el primer acto de la revolución proletaria hacia el socialismo.

Actualidad de la revolución permanente

La teoría de la revolución permanente –que no es un “dogma” ni una “receta”– debe también reconsiderarse a la luz del desarrollo de los acontecimientos mundiales en el siglo XXI, que Trotsky no podía prever.

Él escribía:

“La teoría de la revolución permanente significa que la solución verdadera y completa de las tareas democráticas y nacionales sólo puede ser la dictadura del proletariado”. (Tesis sobre la revolución permanente).

En la actual situación de crisis generalizada del imperialismo, que aboca a la dislocación de las naciones en todo el mundo, incluidos los países imperialistas de Europa sometidos a la Unión Europea, la teoría de la revolución permanente es un medio de formular, en un terreno internacionalista, la posición de los revolucionarios contra la dislocación de las naciones y de los derechos de los trabajadores inscritos en ellas por las clases obreras. Léase el documento publicado para la preparación del VII Congreso Mundial de la IV Internacional (*La Verdad* n.º 63), que analiza las relaciones mundiales, en particular las relaciones del imperialismo norteamericano con los demás imperialismos.

Añadamos, no obstante, que la crisis del régimen capitalista conduce a los Estados Unidos, el imperialismo más poderoso, a querer dinamitar todas las barreras que se oponen a la penetración de sus capitales y mercancías (*ver folleto n.º 2*).

Esta ofensiva implica el cuestionamiento de las posiciones mundiales de sus “aliados” europeos, a los que impone la apertura de sus fronteras y mercados en nombre de la competencia libre y no falseada, de la que la Unión Europea es guardiana³.

Esta exigencia del imperialismo más poderoso de echar abajo las “barreras” choca directamente con las clases obreras de los países afectados. En efecto, con Marx aprendimos que si bien la lucha de clases es internacional por su contenido, es nacional en la forma. Durante más de un siglo, el combate del proletariado permitió obtener *derechos y garantías en el marco de las viejas naciones y estados europeos*: derecho a la organización sindical confederal y de ámbito estatal, enseñanza y sanidad públicas, Seguridad Social, legislaciones laborales, convenios colectivos de rama, etc.

Los derechos y conquistas de los trabajadores van ligados al marco estatal. Para liquidar los derechos de los trabajadores el imperialismo necesita reventar ese marco eliminando toda soberanía de los estados y a la vez dislocando los estados para romper la resistencia y las organizaciones de los trabajadores. No lo logró con 30 años de autonomías y ahora empuja al enfrentamiento entre los pueblos con los dictados de la troika aplicados por el gobierno de la Monarquía y los apéndices autonómicos: planes que destruyen las bases económicas comunes de los pueblos del Estado español y dinamitan las conquistas

3.- Sobre los orígenes norteamericanos de la Unión Europea se puede leer *Le XXe siècle en 20 chapitres*.

sociales que entre todos los trabajadores hemos conquistado. En la situación social extrema que resulta, la negación de los derechos nacionales de Cataluña y del País Vasco busca la voladura del propio estado como único medio para romper a la clase obrera y sus organizaciones.

En unas formas que Trotsky no podía prever, la lucha contra la dominación imperialista y la Unión Europea, en defensa de los derechos de los trabajadores, es indisociable de la defensa de las conquistas democráticas (propias de la revolución burguesa) y sociales que la alianza de trabajadores y pueblos ha podido conquistar contra el entramado de poder económico y político de la burguesía fraguado en la guerra civil y que continúa hasta hoy. Es indisociable del combate por reconquistar los derechos democráticos y sociales que bajo la UE y la Troika hemos perdido y de la lucha por conquistar los plenos derechos democráticos, que incluye el derecho de autodeterminación y la reforma agraria. Es indisociable ante todo de la lucha por la unidad de los trabajadores y la alianza con los pueblos para echar atrás el plan de ajuste de la Troika, echar a la troika y a los gobiernos que la sirven, nacionalizar la banca, allanando así el camino de unas Cortes Constituyentes basadas en el derecho de autodeterminación.

Para los revolucionarios, la lucha por la República se basa en la defensa de las conquistas de la clase obrera y los derechos de los pueblos, en el camino de la expropiación del capital y de una unión de repúblicas obreras libres, única forma de preservar el marco económico común de los pueblos del Estado español.

Aunque Trotsky no podía prever la situación actual, desarrolló un análisis magistral del papel creciente del imperialismo norteamericano a escala mundial en entreguerras, recogido en la obra *Europa y América*.

Algunos años después, en el período que conducía inmediatamente a la II Guerra Mundial, escribía sobre Europa:

“La clase obrera no es indiferente a su nación. Al contrario, como la historia pone en sus manos el destino de la nación, la clase obrera se niega a confiar al imperialismo la tarea de la libertad y la independencia nacional respecto del imperialismo, que sólo ‘salva’ la nación para inmediatamente someterla a nuevos peligros en interés de una minoría insignificante de explotadores.

Habiendo utilizado la nación para su desarrollo, el capitalismo no ha resuelto plenamente el problema nacional en ninguna parte, en ninguna región del mundo. Las fronteras de la Europa de Versalles se trazaron desgarrando el organismo vivo de las naciones. La idea de volver a trocear la Europa capitalista para que los límites de los Estados coincidan con los de las naciones es la más pura de las utopías. Ningún gobierno cederá una pulgada de su territorio por medios pacíficos. Una nueva guerra dividiría de nuevo Europa según el mapa de la guerra y no según los límites de las naciones. La tarea de autodeterminación nacional completa y de la colaboración pacífica de todos los pueblos de Europa sólo puede resolverse sobre la base de la unificación económica de Europa, liberada de la tutela de la burguesía. La consigna ‘Estados Unidos de Europa’ no es solamente la salvación de los pueblos balcánicos y danubianos, sino también de los pueblos alemán y francés”. (La guerra y la IV Internacional, 10 de junio de 1934).

El despedazamiento de Europa en 1945 –y en particular la división de Alemania– confirmó este texto de Trotsky, y ahora la actualidad de esas líneas se hace evidente, en el caso de Europa, con las consecuencias de la intervención imperialista y de las guerras: las de Yugoslavia, después Bosnia y Kosovo, han dislocado el marco de la federación en una multitud de “cantones” sometidos al imperialismo; más tarde hemos conocido situaciones del mismo tipo en Moldavia, en Georgia, en Ucrania y en Rusia, por no hablar de las amenazas que se ciernen sobre Bélgica, etc.

La única solución, como escribió León Trotsky, es la “*unificación económica liberada de la tutela de la burguesía*”, es decir, justo lo contrario de la Unión Europea, que es un factor de división y de dislocación de cada uno de los países de Europa. El combate contra la Unión Europea, por romper con ese marco, es la primera condición del combate internacionalista por los Estados Unidos Socialistas de Europa.

Una de las lecciones de la Revolución de Octubre, que mantiene su actualidad, es que no puede ayudar a la clase obrera a triunfar un partido que no esté basado en el reconocimiento de la hegemonía del proletariado en la lucha de clases, de la necesidad de su independencia respecto de la burguesía “democrática”.

Porque a partir de esa comprensión puede luchar en el terreno de la unidad de la clase, opuesta radicalmente a la alianza con la burguesía; a partir de esa comprensión puede oponer el gobierno obrero al gobierno de coalición. Es la orientación defendida por los congresos tercero y cuarto de la Internacional Comunista, generalizando la experiencia de los bolcheviques, y cuya continuidad garantiza la IV Internacional. La base de esta orientación es la apreciación de que la clase obrera, con su propio movimiento, es capaz de superar los obstáculos y de abrir una situación revolucionaria que desemboque en la toma del poder. El papel del partido es ayudarla en ese camino.

El bolchevismo: las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos

A propósito de la política del partido bolchevique respecto de los socialistas revolucionarios (SR) y de los mencheviques, exigiéndoles que tomasen el poder, León Trotsky explica:

“Si los mencheviques y los SR hubiesen roto realmente con los Cadetes (liberales) y con el imperialismo extranjero, el ‘gobierno obrero y campesino’ creado por ellos sin duda hubiera acelerado y facilitado el establecimiento de la dictadura del proletariado. Precisamente por esa razón las cúpulas de la democracia pequeñoburguesa se opusieron con todas sus fuerzas al establecimiento de su propio gobierno” (Programa de Transición).

Generalizando la experiencia de la política bolchevique, en el capítulo titulado “Gobierno obrero y campesino”, Trotsky formula la posición de la IV Internacional sobre la orientación del frente único obrero. No es una táctica circunstancial ni una maniobra, sino una orientación fundamental: la movilización de los trabajadores impulsa la unidad de las filas obreras contra el capital.

Trotsky escribe:

“¿Es posible las organizaciones obreras tradicionales creen un gobierno así? La experiencia anterior nos muestra que es sumamente improbable”.

Pero añade:

“Sin embargo, no se puede negar categóricamente de antemano la posibilidad teórica de que, bajo la influencia de una combinación muy excepcional de circunstancias (guerras, derrotas, cracs financieros, ofensiva revolucionaria de las masas), partidos pequeñoburgueses, inclusive estalinistas, puedan ir más lejos de lo que ellos mismos quieren por el camino de la ruptura con la burguesía”.

Esta última observación es capital.

Los aparatos son contrarrevolucionarios pero, en circunstancias excepcionales, la movilización de las masas puede obligarles a ir más lejos de lo que quieren. Lo que no cambia su naturaleza, pero modifica el desarrollo concreto del combate de clase. Ya que la realización de tal hipótesis ofrecería una situación más favorable al proceso

revolucionario, y a la toma del poder político por el proletariado (dictadura del proletariado). Trotsky, aun considerándola poco probable, no descarta esta hipótesis porque toda su orientación se basa en la existencia de la lucha de clases, en las capacidades revolucionarias del proletariado ⁴.

Por ello precisa: *“Las leyes de la historia son más fuertes que los aparatos burocráticos”*.

La historia y sus leyes, son las leyes de la lucha de clases. La clase obrera, única clase revolucionaria, es capaz de derrocar al capital desbordando a los aparatos burocráticos –como demostró en Octubre de 1917– a condición de que un partido revolucionario, que es un componente de la clase, la ayude en su proceso de emancipación contra la burguesía y sus agentes en el movimiento obrero.

En Venezuela, por ejemplo, la movilización de las masas para preservar sus conquistas (en particular el control del petróleo), ligadas al marco nacional, forzó a Chávez y su movimiento a ir más lejos de lo que quería en el camino de la confrontación con el imperialismo norteamericano. De modo que Chávez tomó medidas, contra los trusts norteamericanos principalmente, para preservar la empresa petrolera y la industria. No obstante, el gobierno de Chávez no ha emprendido el camino de la constitución de un gobierno obrero y campesino. La IV Internacional apoya cualquier paso adelante de este gobierno contra el imperialismo. Sin embargo, no identifica el “chavismo” con una corriente que exprese el movimiento revolucionario de las masas venezolanas.

Pese a las medidas adoptadas contra el imperialismo, el gobierno Chávez no cuestiona el capitalismo; se sitúa en el terreno del embellecimiento o la humanización del capital.

El hecho de que haya ido más lejos en la vía de las medidas contra el imperialismo, empujado por la movilización de las masas, tiene el contradictorio corolario de que es también el primer obstáculo a que las masas, con su propio movimiento, cuestionen la dominación del capital.

Las intentos del gobierno de dirigir el movimiento obrero en nombre de la “revolución bolivariana”, y el impulso dado a la “autogestión” de fábricas, se oponen al movimiento hacia la organización de la clase en su propio terreno contra el capital.

Construir un partido revolucionario para ayudar a las masas a abrirse una salida con su propio movimiento es una necesidad vital, en Venezuela como en los demás países.

El combate de los revolucionarios por la unidad de clase, formulando de modo independiente la salida política, debe contribuir al movimiento de las masas por su propia emancipación. Tarea que sólo puede realizarse mediante la conquista del poder estatal y la destrucción del estado burgués.

El combate por el frente único de clase desemboca en la cuestión del poder entre burguesía y proletariado.

El socialismo **no es ineluctable**, es **necesario** (una *“necesidad histórica”*, en palabras de Marx). Esta perspectiva no se desprende de un proceso automático, exige la actividad humana consciente, es decir, ayudar a la clase obrera a levantarse, a organizarse para abatir al capital.

Para Trotsky, el combate por el frente único, es decir, la ayuda a la movilización de las masas, plantea la cuestión del poder; no de una forma falsamente radical, sino partiendo

4.- En unas circunstancias sobre las que no podemos extendernos aquí, un proceso así se produjo, por ejemplo, en Cuba, donde una organización nacionalista pequeñoburguesa dirigida por un joven abogado demócrata (Castro), echando a una dictadura corrupta, sometida después a la doble presión del bloqueo norteamericano y de la movilización de las masas por la reforma agraria, fue más lejos de lo que pretendía: instauró un gobierno obrero y campesino que desembocó en la expropiación del capital. Teniendo en cuenta las circunstancias mundiales, el hecho de que el régimen de Castro se integrara al aparato estalinista mundial en ningún caso invalida este hecho: es la realización de esta “hipótesis teórica”.

de la realidad de la clase. Por eso escribió sobre el gobierno obrero y campesino: *“Es la consigna de un movimiento masivo del proletariado liberándose por completo de las combinaciones parlamentarias con la burguesía y oponiendo la idea de su propio gobierno a todas las combinaciones gubernamentales burguesas”* (*El movimiento comunista en Francia*).

Así, en 1936 Trotsky opuso al eje del gobierno de coalición con la burguesía (el frente popular) la consigna de “gobierno Blum-Cachin” (dirigentes de los partidos socialista y comunista de la época), ya que *“la principal acusación que lanza la IV Internacional contra las organizaciones tradicionales del proletariado es que no quieren despegarse del semicadáver político de la burguesía”* (*Programa de Transición*).

La exigencia de ruptura con la burguesía –lo que hicieron los bolcheviques– es *“un instrumento para desvelar el carácter traidor”* de esos aparatos. Y Trotsky precisa: exigimos que entren por el camino de ese gobierno y *“al mismo tiempo agitamos infatigablemente con las reivindicaciones transitorias que en nuestra opinión deberían formar el programa del gobierno obrero y campesino”* (*Ibidem*).

La consigna de gobierno obrero y campesino se inscribe en una política general de frente único, a su vez basada en la necesidad de unir a la clase obrera contra el capital. Es un punto culminante, ya que la unidad de clase plantea entonces la cuestión del poder. Pero no puede ignorar la realidad de la clase obrera, que no es homogénea sino que está dividida en partidos diversos.

He ahí una cuestión decisiva para construir un partido revolucionario. En esta etapa de la definición del bolchevismo es preciso explicar la estrategia del frente único obrero, que generaliza la experiencia del partido bolchevique en 1917 (como propone la Internacional Comunista en sus resoluciones sobre el frente único). Ningún partido revolucionario puede construirse si no pone en el centro de su política el combate por la unidad de la clase obrera.

Frente único obrero: las bases materiales

Ya en el *Manifiesto* de 1848, Marx y Engels explican que la clase obrera no es una totalidad unida de manera abstracta o misteriosa.

“El proletariado pasa por diferentes fases de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia misma (...). En esa fase, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y atomizada por la competencia (...). Con el desarrollo de la industria, el proletariado crece en número y también se concentra en masas más importantes; su fuerza aumenta y adquiere mayor consciencia de ello (...). Las colisiones individuales entre el obrero y el burgués toman cada vez más el carácter de colisiones entre ambas clases. Los obreros comienzan a formar coaliciones contra los burgueses; se unen para defender sus salarios. Llegan a formar asociaciones permanentes (...). De cuando en cuando, los obreros triunfan, pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es tanto el éxito inmediato como la unión cada vez más amplia de los trabajadores. Pero toda lucha de clases es una lucha política (...). Esta organización de los proletarios en clase y, a partir de ahí, en partido político, se destruye continuamente por la competencia entre los obreros. Pero renace cada vez más fuerte, más firme, más poderosa”.

“En sí” el proletariado no es más que una masa atomizada. Los proletarios son vendedores de fuerza de trabajo y, como tales, ocupan un lugar económico determinado en las relaciones sociales de producción. Como dicen Marx y Engels, *“el régimen de*

asalariado descansa exclusivamente en la competencia de los obreros entre sí". Pero "el progreso de la industria, del que la burguesía es agente sin voluntad y sin resistencia, sustituye el aislamiento de los obreros que resulta de su competencia por su unión revolucionaria mediante la asociación" (Manifiesto del Partido Comunista).

Así pues, su **transformación en "clase para sí" a través de la asociación**, la organización, permite que los proletarios se constituyan como clase social y ocupen un lugar político en las relaciones sociales de producción, logrando derechos y garantías, en particular la organización sindical.

Pero la lucha de clases es una lucha entre dos clases. La producción capitalista comporta, para la burguesía, la necesidad de una competencia entre los productores. Al constituirse en clase, éstos realizan su unión contra la competencia. Los capitalistas buscan constantemente romper esa unión para volver a crear la competencia. Las guerras y la "unión nacional" que de ellas deriva, las "deslocalizaciones" que transfieren al Este las producciones del Oeste, echando a la calle a cientos de miles de trabajadores, el cuestionamiento de derechos y garantías por la Unión Europea equiparando los derechos por lo bajo, la oposición entre trabajadores inmigrantes y el resto de la clase obrera, la generalización de la precariedad de la juventud frente a la existencia de trabajadores fijos: todo eso son medios para dividir y enfrentar a los trabajadores.

El cuestionamiento de los "derechos colectivos" en nombre de la seguridad social profesional, es decir, la individualización de los "derechos", así como el cuestionamiento del estatuto de los funcionarios en nombre del mérito individual, son medios para restablecer la competencia entre los trabajadores y, con ello, cuestionar la existencia de organizaciones sindicales cuya función es defender los derechos colectivos de los trabajadores, apoyados en el Estatuto de los Trabajadores, los convenios colectivos, la Ley de Seguridad Social. Y en ese camino son centrales el papel y la responsabilidad de los aparatos dirigentes del movimiento obrero.

Con la constitución de una aristocracia obrera a finales del siglo XIX, el capital imperialista consiguió subordinar a una fina capa del proletariado, y más tarde subordinar a su estado los partidos socialistas de la II Internacional (que se pasó definitivamente al lado del orden burgués al votar los presupuestos de guerra en agosto de 1914), escindir el movimiento obrero. La degeneración de la Internacional Comunista dividió nuevamente las filas obreras, con las consecuencias que se vieron en 1933 en Alemania. Aún hoy pueden calibrarse las consecuencias de esa doble traición. Pero no se puede ignorar la división de la clase obrera porque sea producto de una traición; al contrario, hay que partir de esta realidad para combatir por la unidad de la clase obrera.

"El proletariado accede a la toma de conciencia revolucionaria no por un proceso escolar, sino mediante la lucha de clase, que no conoce interrupción. Para luchar, el proletariado necesita la unidad de sus filas (...). Por consiguiente, la táctica de frente único no es algo ocasional y artificial, ni una hábil maniobra; no, se desprende total y absolutamente de las condiciones objetivas del desarrollo del proletariado. El pasaje del Manifiesto Comunista donde se dice que los comunistas no se oponen al proletariado, que no tienen otro objetivo y otra tarea que los del proletariado, expresa la idea de que la lucha del partido por ganar la mayoría de la clase no debe en ningún caso entrar en contradicción con la necesidad que sienten los obreros de unir sus filas en el combate" (León Trotsky, La revolución alemana).

Así pues, el combate por la construcción del partido revolucionario es indisoluble del combate por el frente único.

El sindicato, forma elemental del frente único

En el proceso de su constitución en clase, el proletariado comenzó por agruparse en “asociación” para defenderse de modo más colectivo y con ello se fue organizando poco a poco. De ahí nacieron los sindicatos.

“Los sindicatos y las huelgas que emprenden tienen una importancia fundamental porque son las primeras tentativas de los obreros para suprimir la competencia”. (Engels, La situación de la clase trabajadora en Inglaterra).

Para Marx y Engels, en una situación en que la clase obrera se está constituyendo como clase, las organizaciones (sindicatos y partidos) proceden de la necesidad histórica que se deriva del lugar del proletariado en la producción. Partido y sindicato, en distintos planos.

En efecto, como explica Marx en una entrevista en 1869, *“los sindicatos jamás deben estar ligados a un grupo político ni depender de él. De otro modo no cumplirían su tarea y recibirían un golpe mortal”*.

En este sentido el marxismo se refiere a los sindicatos como **organización elemental de clase**; elemental no es peyorativo, todo lo contrario: significa “esencial”, “primera”.

El sindicato está abierto a todos los trabajadores cualesquiera que sean sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas.

El sindicato no es una organización “social”. Es la organización que agrupa y organiza a los productores, superando la competencia entre ellos, contra los explotadores. Así pues, es una organización reservada **exclusivamente** a los trabajadores, para defender sus intereses exclusivos.

Como puede verse, para el marxismo la existencia y la defensa de los sindicatos no derivan de una posición ideológica, sino del lugar del proletariado en la sociedad burguesa.

León Trotsky formula claramente esta posición:

“A lo largo de varias decenas de años, los obreros construyeron en el interior de la democracia burguesa, utilizándola aunque luchan contra ella, sus bastiones, sus bases, sus focos de democracia proletaria: los sindicatos, los partidos, los clubs de formación, las organizaciones deportivas, las cooperativas, etc. El proletariado puede llegar al poder no en el marco formal de la democracia burguesa, sino por el camino revolucionario, cosa demostrada tanto por la teoría como por la experiencia. Pero precisamente para ese camino revolucionario el proletariado necesita bases de apoyo de democracia proletaria en el interior del estado burgués”. (Escritos sobre Alemania).

De modo que el sindicato es un “foco de democracia proletaria en la sociedad burguesa”. Con su simple existencia, cualquiera que sea la política de su dirección, materializa que la sociedad está dividida en clases con intereses contradictorios.

Por ello, en el *Programa de Transición* de la IV Internacional, Trotsky precisa que los intentos de edificar pequeños “sindicatos revolucionarios” constituyen un “autoaislamiento capitulador” que en realidad es una traición a la revolución, “incompatible con la pertenencia a la IV Internacional”. En efecto, dejar a la masa de los obreros en las organizaciones sindicales tradicionales y preferir “mi” sindicato es “una renuncia a la lucha por la dirección de la clase”; es abandonar a las masas a los aparatos renunciando al combate por la “asociación” de los obreros, es decir, por sindicatos “focos de democracia proletaria”.

Los militantes de la IV Internacional, como cualquier trabajador, participan con su clase en organizar y agrupar en sindicatos. Como explicaba Pierre Lambert evocando su propio combate sindical, un militante trotskista puede verse obligado a asumir

responsabilidades sindicales, no porque sea un militante político con algún derecho particular, sino porque trabaja para construir el sindicato. Y precisaba:

“Accedí a responsabilidades sólo a partir de la confianza que los obreros depositaban en mí. Solamente tenía que rendir cuentas a los afiliados que me habían elegido, fueran las que fueran sus tendencias u opiniones políticas”. (Léase el capítulo dedicado a los sindicatos en *La Verdad* n.º 60-61).

Los “ultraizquierdistas” denunciaban a los sindicatos, a los cargos sindicales, la asunción de responsabilidad, la adaptación al “reformismo”, los métodos burocráticos. León Trotsky les respondía, durante una polémica en la sección norteamericana:

“Cada nueva etapa del desarrollo, cada progreso numérico del partido y el hecho de que sus métodos se hagan más complejos, no sólo abre nuevas posibilidades, sino también nuevos peligros. En los sindicatos incluso los obreros que se han formado en la escuela más revolucionaria manifiestan una tendencia a liberarse del control del partido (...). Es tanto más inadmisibles olvidar que los errores reales o potenciales de los camaradas que trabajan en los sindicatos reflejan la presión del proletariado norteamericano tal como es. Es nuestra clase. No estamos dispuestos a capitular ante su presión”⁵.

“Es nuestra clase”, responde Trotsky. Los militantes revolucionarios no son ajenos a la clase obrera, son parte integrante del movimiento obrero, de la defensa de las organizaciones sindicales.

Por ello, la IV Internacional combate por la independencia de los sindicatos como una de las condiciones de la democracia. Nos apoyamos en la propia razón de ser de los sindicatos como “organizaciones de resistencia”. Los Estatutos de la UGT plantean:

“La Confederación y las Federaciones agrupadas en ella trabajan por la defensa y promoción de los intereses sociopolíticos, económicos, profesionales, sociales y culturales de los trabajadores. Desarrollan una incesante labor para organizar a los trabajadores, a efectos de la reivindicación cotidiana por el acrecentamiento del bienestar moral, económico e intelectual de los mismos.”

“La Confederación, en virtud de las variadas tendencias ideológicas y doctrinarias sustentadas por los trabajadores afiliados es una organización democrática y, con el fin de mantener la unidad orgánica, material y moral entre los mismos, necesaria para realizar sus fines...”

Y los Estatutos de CCOO:

“CCOO defiende las reivindicaciones de los trabajadores y las trabajadoras; en su seno pueden participar todos los trabajadores y trabajadoras sin discriminación alguna.”

Como explicaba Pierre Lambert: *“Pretender lo contrario equivaldría a decir que la organización sindical pertenece a tal o cual corriente política, a tal o cual aparato político que la controla. (...) Esta concepción ha costado cara al movimiento obrero (Pierre Lambert hace aquí referencia a la subordinación de los sindicatos al aparato estalinista – NDLR). No es la nuestra. Nosotros nos situamos resueltamente en la tradición del movimiento obrero sindical de nuestro país, que es reunir en el sindicato a trabajadores, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, filosóficas o religiosas. En este sentido, no puede haber ‘entrismo’ de los militantes trotskistas en las organizaciones sindicales. (...) Históricamente, el movimiento obrero ha tratado (y resuelto) esta cuestión de diferentes modos según los países. En Inglaterra, fueron los sindicatos, las trade unions, las que constituyeron el Partido Laborista. En Alemania también existe el vínculo orgánico entre sindicato y partido, aunque las relaciones no sean exactamente las mismas que en la Gran Bretaña. En Francia, hay una tradición particular, la de la independencia de los sindicatos respecto de los partidos*

5.- En el t. 2 de las Obras de Trotsky en francés.

establecida en la Carta de Amiens. (...) A partir de la experiencia que viví en los sindicatos (...), consideré que había que revisar la posición adoptada por la Internacional Comunista (las 21 condiciones de adhesión)". (La Verdad, n.º 60-61).

Precisa Pierre Lambert a propósito de las "21 condiciones":

"Una de ellas implica, de manera indirecta, la subordinación de los sindicatos al partido. Personalmente, pienso que era un error y, por otra parte, inmediatamente después Lenin explicaba lo contrario al congreso del Partido Bolchevique. Las 21 condiciones de admisión se elaboraron además en unas condiciones muy precisas. Se trataba de determinar claramente quiénes se diferenciaban de la II Internacional que se había pasado definitivamente al bando del orden burgués en 1914. Dicho lo cual, este punto era de todos modos un error". (Ibidem)

Por lo cual la sección francesa de la IV Internacional decidió, en una resolución de congreso, revisar las 21 condiciones eliminando la que trataba sobre las relaciones partido – sindicato. La IV Internacional se pronuncia por la independencia completa de los sindicatos respecto de todo partido (incluida la IV Internacional), por las mismas razones por las que está a favor de la independencia de la IV Internacional respecto del sindicato.

Como explica extensamente Pierre Lambert en los textos de los que hemos extraído las citas anteriores, ese combate por la independencia no es ni un ardid ni una maniobra. Es, por el contrario, un combate de todo punto conforme a la defensa de la clase obrera. Es defender ese "*foco de democracia proletaria*" del que hablaba León Trotsky. Es defender lo único que ha conquistado el proletariado en esta sociedad: la organización que ha hecho de él una clase.

Y esto en una etapa de agonía del capitalismo, el imperialismo, cuya tendencia recurrente impulsa a destruir, por todos los medios, la organización sindical independiente. Como explicaba León Trotsky antes de la guerra,

"El capitalismo imperialista sólo puede tolerar una burocracia reformista si ésta actúa directamente como accionista (...) en las empresas imperialistas (...) tanto en el interior del país como en el ámbito mundial". (Los sindicatos en la época de la decadencia imperialista).

Así, como ya explicaba Trotsky hace setenta años, el imperialismo ni siquiera puede ya tolerar el "reformismo" que exige alguna mejora de las condiciones materiales de los trabajadores, como contrapartida de su colaboración. En el momento en que hay que poner en cuestión lo que se ha conseguido, el "reformismo" entra en contradicción con las exigencias del imperialismo.

Como añade Trotsky, según el imperialismo "*el socialreformismo debe transformarse en socialimperialismo*". Es decir, necesita la integración corporativista, que equivale a la destrucción de los sindicatos.

Asistimos en todo el mundo, y particularmente en Europa, donde se concentran las fuerzas organizadas del movimiento obrero, a una ofensiva de desmantelamiento de los derechos colectivos de la clase obrera y de individualización (competencia); ofensiva que empuja a transformar el sindicato –organización de defensa de los derechos colectivos de los trabajadores– en una organización de acompañamiento de las "contrarreformas", es decir, la marcha hacia el corporativismo.

Y en el seno de las organizaciones sindicales asistimos a una intensa resistencia a la integración.

Desde esta perspectiva, para concluir este punto podemos constatar dos cosas: la posición de la IV Internacional de defensa de las organizaciones sindicales está inscrita como un hecho primordial de la lucha de clases; la IV Internacional no tiene el monopolio de esta posición, que comparten numerosos militantes

obreros, militantes y dirigentes sindicales que resisten a la ofensiva destructiva de integración.

El frente único: comité de fábrica y sóviet

Los sindicatos, forma elemental de organización de la unidad de clase, no pueden pretender organizar a **toda** la clase, ni siquiera en los países donde hay un alto índice de afiliación. La clase obrera, como ya explicaron Marx y Engels, está compuesta de diferentes capas. Es, si se nos permite esta analogía, como un tren con un vagón de cabeza, un vagón de cola y toda clase de vagones entre ambos. Sólo tiende a realizar su unidad de clase con un largo recorrido a través de los procesos más agudos de la lucha de clases.

Puede verse, por ejemplo, en las huelgas en las que se constituyen comités de huelga (que engloban a las organizaciones sindicales) que son la representación de la asamblea general de los trabajadores, afiliados y no afiliados. En el *Programa de Transición*, a propósito de los comités de fábrica, se dice: “A partir del momento en que aparece el comité, en la fábrica se establece de hecho un doble poder”, precisando: “que es algo transitorio”, en tanto que está vinculado a la huelga, a la movilización de los trabajadores de la fábrica.

Cuando se generaliza una huelga parcial, cuando el desarrollo de la lucha de clases hace que la clase obrera se organice al nivel de la fábrica, y luego, bajo el efecto de la más amplia movilización de las masas (que pone en movimiento incluso a los sectores más atrasados de la clase), “se desborde” al plano local, regional, nacional; en suma, cuando se abre una situación revolucionaria,

“Los comités de fábrica, como ya se ha dicho, son un elemento de doble poder en el interior de la fábrica (...). Estos nuevos órganos y centros, sin embargo, empezarán pronto a sentir su falta de cohesión y su insuficiencia. Ninguna de las reivindicaciones transitorias puede realizarse plenamente en las condiciones de mantenimiento del régimen burgués (...). Constantemente, nuevas capas de oprimidos levantarán la cabeza y avanzarán con sus reivindicaciones. Millones de ‘pobres diablos’, trabajadores míseros a los que los dirigentes reformistas no han dedicado nunca un pensamiento, empezarán a golpear insistentemente a las puertas de las organizaciones obreras. Los desempleados se unirán al movimiento. Los obreros agrícolas, los campesinos arruinados o semiarruinados, los oprimidos de las ciudades, las obreras, las amas de casa, las capas proletarizadas de la intelligentsia, todos ellos buscarán la unidad y una dirección”. (Programa de Transición)

Y Trotsky subraya:

“Así como el sindicato es la forma elemental del frente único, el sóviet es la forma más elevada del frente único (...). La situación revolucionaria se caracteriza por el hecho de que todos los grupos y capas del proletariado, o al menos su aplastante mayoría, aspiran a unir sus esfuerzos para cambiar el régimen existente. En cualquier caso, esto no significa que todos comprendan cómo proceder y aún menos que estén dispuestos a romper con sus partidos y a pasarse a las filas del Partido Comunista. La consciencia política no madura de modo tan lineal y uniforme; subsisten profundas diferencias internas incluso en la época revolucionaria, cuando todos los procesos se realizan a grandes saltos. Pero, paralelamente, se hace particularmente apremiante la necesidad de una organización por encima de los partidos, que englobe a toda la clase. Dar forma a esa necesidad es la misión histórica de los sóviets (...). En una situación revolucionaria, son la expresión organizativa más elevada de la unidad del proletariado”. (Escritos sobre Alemania).

Pero los sóviets, la expresión más alta de la unidad obrera, no son la panacea; no

resuelven, por sí mismos, los problemas a los que está confrontada la clase en movimiento. Exigen que un partido revolucionario actúe en su seno, como demostró la experiencia de 1917, para combatir la acción de los aparatos contrarrevolucionarios que quieren someter los sóviets al estado burgués, del que son la antítesis.

“La progresión de la clase hacia la toma de consciencia, es decir, el resultado del trabajo del partido revolucionario, es un proceso complejo y contradictorio. La clase no es homogénea. Esas diferentes partes accederán a la toma de consciencia por diferentes caminos y a ritmos diferentes. La burguesía toma una parte activa en ese proceso. Crea sus órganos en la clase obrera o utiliza los que ya existen para enfrentar unas capas obreras a otras. Diferentes partidos actúan simultáneamente en el proletariado, por lo cual éste se mantiene dividido durante una gran parte de su camino histórico (...). Esto explica el problema del frente único”. (León Trotsky, *La revolución alemana*).

Así pues, una política de frente único obrero busca realizar la unidad de la clase obrera en su movimiento de emancipación contra la burguesía. Pero incluso en su forma más elevada, los sóviets, la unidad de la clase exige que el partido revolucionario combata con esta orientación de frente único, oponiendo la unidad obrera a la colaboración de clases.

Frente único obrero: estrategia y táctica

La tarea de los revolucionarios es, pues, ayudar a la clase obrera a realizar su unidad, para y mediante su propia emancipación. En ese sentido, la política de frente único obrero no es una “táctica” destinada a “desplumar” a otras organizaciones o una combinación maniobrera. Ciertamente hay diferentes tácticas de frente único obrero según las circunstancias, pero para la IV Internacional el frente único es fundamentalmente una orientación estratégica.

León Trotsky, responsable de la comisión “Francia” en el III Congreso de la IC, constata que en el partido francés hay reflejos sectarios como reacción al oportunismo de una parte de la dirección, y escribe en su informe sobre el comunismo francés:

“El problema del frente único, dada la inevitable escisión en nuestra época entre las diferentes organizaciones que se apoyan en la clase obrera, nace de la urgente necesidad de garantizar a la clase obrera la posibilidad de un frente único en su lucha contra el capitalismo. Para los que no comprenden esta tarea, el partido no es más que un club de propaganda y no una organización de masas”.

En el mismo texto, Trotsky precisa:

El frente único, ¿se dirige solamente a la clase obrera o incluye a los dirigentes oportunistas? El simple hecho de plantear la cuestión es producto de una incomprensión. Si fuésemos capaces de unir a la clase obrera en torno a nuestra bandera o en torno a nuestras consignas prácticas inmediatas saltando por encima de las organizaciones reformistas, partidos o sindicatos, eso sería lo mejor del mundo. Pero en ese caso la cuestión del frente único ni siquiera existiría”.

La política de frente único parte del hecho de que la clase está dividida entre diferentes organizaciones, de que los aparatos se oponen a la unidad de clase pero ésta, con su propio movimiento, busca realizar su unidad y puede desbordar la política de los aparatos. Pero esto implica la actividad independiente del partido revolucionario, que no es un “club de propaganda”.

Hemos de precisar aquí una doble cuestión: la “unidad” de los aparatos no equivale a la unidad de la clase obrera. Frente a la movilización de las masas que empujan

hacia la unidad de sus filas, los aparatos intentan desviar esa aspiración a la unidad, asumiéndola para transformarla en lo contrario: la unidad con la burguesía, la colaboración de clases a través del frente popular. Contra la búsqueda de la unidad de clase se erige también *“la unidad de los aparatos”* que, formalmente, realizan su unidad, pero ésta se efectúa en realidad *en contra del contenido del movimiento de la clase*: es la **unicidad**. Por ejemplo, en 2003, en el momento en que los trabajadores franceses habían emprendido la lucha contra la contrarreforma de las pensiones y el ataque a los regímenes especiales, se convoca una manifestación “unitaria”, con participación de la CFDT, partidaria y colaboradora de la “reforma” Fillon-Chérèque. Eso era **lo contrario de la unidad, que es inseparable del contenido y, por lo tanto, de las reivindicaciones del movimiento de las masas**. En nombre de la “unidad”, se subordinaba el movimiento de la clase contra el ataque al régimen de pensiones al acuerdo con los que organizaban su destrucción. Otros ejemplos de “frente unitario” de las organizaciones tienen ese mismo contenido “unicitario”.

El combate por el frente único no es tampoco un conjuro: “¡Unidad, unidad!”. Ni una súplica a los dirigentes: “¡Uníos!”. El frente único es la ayuda a la movilización de las masas, la movilización de la base que sube hasta la cúspide, y busca arrastrar a todos los niveles. El frente único es la movilización de la clase.

Pero si la unidad de la clase obrera no puede identificarse con la mera “unidad” de los aparatos, tampoco puede asimilarse a la “unidad por la base” (que equivaldría a actuar como si la clase no estuviese organizada, como si sus organizaciones no tuviesen dirección, como si pudiese realizarse la unidad sin las organizaciones).

En un artículo de *La Verdad* (junio de 1980), en el momento en que se concentraba la aspiración a la unidad para echar a Giscard, Pierre Lambert respondía a los estalinistas e izquierdistas que, contra el PS, llamaban a la unidad por la base:

“Para empezar, ¿qué significa la base? La base sin organización no es otra cosa que los trabajadores, productores de plusvalía, enfrentados entre sí por la competencia que los capitalistas organizan. Esta ‘base’ se constituyó en clase combatiendo contra la explotación. Como resultado de sus combates, forjó su unión contra la competencia y formó organizaciones, consiguió derechos y garantías, conquistas sociales. De modo que no se puede hablar de ‘base’ en sí, y aún menos de ‘unidad por la base’ sin tener en cuenta a las organizaciones”.

Pierre Lambert relaciona ambos aspectos:

“La política llamada ‘de unidad por la base’ excluye toda unidad a todos los niveles. De modo que la política de ‘unión por la base’ sin combate por la unidad en la cúpula, y viceversa, no es otra cosa que el camuflaje de una política de división”.

Para concluir, podemos decir que el frente único corresponde a la movilización de la clase para realizar su unidad contra el capital; que el papel del partido revolucionario es ayudar a la clase en ese sentido desarrollando, con total independencia, una política que exprese conscientemente (consignas y propuestas de organización) el movimiento inconsciente del proletariado. Debe ayudarlo a desbaratar las maniobras de los aparatos, y su papel es también construirse y reforzarse en esta pelea.

Bajo la bandera de la IV Internacional

“Bajo la bandera de la IV Internacional” es el título del último capítulo del programa fundacional de la IV Internacional. El punto de partida del programa es que *“la crisis*

histórica de la humanidad es la crisis de la dirección del proletariado". Desarrolla a continuación todas las cuestiones de estrategia y de táctica, cuyo hilo conductor es la política de frente único obrero, para concluir en el partido, que no es un "club de propaganda" sino "una organización de acción de masas".

León Trotsky precisa:

"La superioridad del bolchevismo sobre el menchevismo no es solamente su línea política correcta sino también su capacidad de aportar la organización que participa en las luchas revolucionarias del proletariado". (Resolución sobre las tareas de la sección francesa de la IV Internacional, 1938).

Así pues, el bolchevismo es no sólo **una orientación de ayudar a la movilización de las masas**, sino una **política de organización** que traduce esta orientación. Los métodos del bolchevismo –libertad de discusión y centralización en la acción– son los que precisa la revolución proletaria para combatir al capital y su estado. Esos métodos no son "naturales", son el producto de 160 años de combate del movimiento obrero y del proletariado.

"Las trágicas derrotas sufridas por el proletariado mundial durante largos años han condenado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo aún mayor, y a la vez han lanzado a los 'revolucionarios' pequeñoburgueses decepcionados a la búsqueda de 'nuevas vías'. Como siempre ocurre en las épocas de reacción y decadencia, aparecen por todos lados curanderos y charlatanes, deseosos de revisar todo el curso del pensamiento revolucionario. En lugar de aprender del pasado lo 'corrigen'.

Algunos descubren la inconsistencia del marxismo, otros anuncian la ruina del bolchevismo. Los hay que responsabilizan a la doctrina revolucionaria de los errores y crímenes de los que la han traicionado; otros maldicen el remedio porque no garantiza una curación instantánea y milagrosa. Los más atrevidos prometen descubrir una panacea y recomiendan, entretanto, detener la lucha de clases. Buen número de profetas de 'morales nuevas' se disponen a regenerar el movimiento obrero con la ayuda de una homeopatía ética. La mayoría de esos apóstoles han conseguido convertirse en inválidos morales incluso antes de llegar al campo de batalla. Así pues, tras un exterior de 'nuevas vías', se ofrecen al proletariado viejas recetas, hace tiempo enterradas en los archivos del socialismo premarxista". (Programa de Transición).

"Sacar el balance del pasado en lugar de corregirlo", aconseja el programa. La experiencia del pasado es la continuidad del combate por ayudar a las masas a vencer los obstáculos de los aparatos, abriendo así a los trabajadores los caminos del combate de clase mediante la construcción del partido revolucionario.

Los métodos organizativos del bolchevismo traducen una orientación de construcción del partido opuesta al "objetivismo" (que, en los hechos, traduce la idea de que la "marcha de los acontecimientos" es capaz de indicar a las masas la dirección a seguir, y por tanto a fin de cuentas está dispuesto a responsabilizar a las masas de las derrotas).

Haciendo balance de la revolución española en 1939, León Trotsky polemiza con todos los grupos centristas que, tras un lenguaje radical, de hecho atribuyen a las masas más que a las direcciones la responsabilidad de la derrota.

León Trotsky escribe:

"¿Qué significa 'inmadurez' del proletariado? (...) Este tipo de sofisma procede de considerar que las masas pueden poseer una madurez absoluta, una perfección que hace que no necesiten dirección, que incluso puedan vencer contra su propia dirección. Semejante madurez ni existe ni puede existir.

Pero ¿por qué iban a someterse a una dirección traidora unos obreros que manifiestan un instinto revolucionario tan seguro y aptitudes tan superiores para el combate?, objetan

nuestros 'sabios'. Respondemos: no ha habido ni rastro de tal subordinación. La línea de combate seguida por los obreros difería en cada momento x grados de la línea de la dirección. En los momentos más críticos, este ángulo llegaba a ser de 180 grados. Entonces, la dirección ayudaba directa o indirectamente a someter a los obreros por la fuerza de las armas". (*Clase, partido y dirección, Obras, tomo 20, 1939*).

Pero 1937 fue uno de los puntos clave de la revolución española, como habían sido las jornadas de julio de 1917 en Rusia, con una gran diferencia sin embargo:

"En mayo de 1937, los obreros catalanes se sublevaron no sólo sin dirección, sino contra la misma. Los dirigentes anarquistas –burgueses patéticos y despreciables mal disfrazados de revolucionarios– han repetido cientos de veces en su prensa que si la CNT hubiese querido tomar el poder en mayo, lo hubiera hecho sin dificultad. Esta vez los anarquistas dicen la pura verdad. La dirección del POUM se asió literalmente a los faldones de la CNT, contentándose con cubrir su política con una fraseología distinta. Sólo gracias a eso pudo la burguesía aplastar en mayo la sublevación de ese proletariado 'carente de madurez'. Es preciso no comprender de las relaciones entre la clase y el partido, entre las masas y sus dirigentes, para repetir la frase hueca de que las masas españolas se limitaron a seguir a su dirección. Lo único que se puede afirmar es que las masas, que continuamente han intentado abrirse paso hacia un camino correcto, se han encontrado con que construir en el fragor del combate una nueva dirección que correspondiese a las necesidades del proceso revolucionario, estaba por encima de sus fuerzas". (Ibidem).

Lo que nos lleva de nuevo a la necesidad de resolver la "crisis de la dirección revolucionaria del proletariado", a la construcción del partido revolucionario. La diferencia esencial, cualitativa, entre julio de 1917 y mayo de 1937 es que, en un caso, estaba el partido bolchevique, en el otro, el POUM y la CNT, pegados a los faldones del frente popular.

Trotsky escribe:

"La dirección no es, de ningún modo, el simple 'reflejo' de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye a través de choques entre las diferentes clases, o de fricciones entre las distintas capas que existen en cada clase. Una vez surgida, la dirección se eleva inevitablemente por encima de su clase y por esto puede sufrir la presión y la influencia de otras clases. El proletariado puede 'tolerar' durante mucho tiempo una dirección que haya sufrido una degeneración interna completa, pero que todavía no ha manifestado su degeneración en el curso de grandes acontecimientos. Se precisa un gran choque histórico para que la contradicción entre la dirección y la clase se manifieste con agudeza. Las convulsiones históricas más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se ve a menudo sorprendida por la guerra y la revolución". (Ibidem).

Para ayudar a la clase a liberarse de las viejas direcciones se precisa un "gran choque" y una organización que intervenga activamente construyéndose, organizando a los trabajadores.

Trotsky añade:

"Pero incluso en los casos en que la vieja dirección ha manifestado su corrupción interna, la clase no puede improvisar de inmediato una nueva dirección, en especial si no ha heredado del período anterior sólidos cuadros revolucionarios, capaces de utilizar el desmoronamiento del antiguo partido dirigente".

El partido revolucionario no se construirá antes de la revolución, pero antes de la revolución debe construirse un partido revolucionario.

Los trabajadores no cambian de partido como se cambia de camisa. La política de frente único obrero desarrollada por el partido revolucionario persigue unir a la clase y ampliar la influencia del partido en las filas obreras; tal era la orientación

de Lenin y de los bolcheviques en 1917. Pero esto exige la formación previa de un partido, con cuadros obreros implantados en la clase.

La necesidad del partido

Volvamos a 1917. En el mismo texto Trotsky toma el ejemplo del partido bolchevique:

“Los cuadros rusos del partido estaban dispersos y desorientados. Sin embargo, el partido tenía autoridad entre los obreros avanzados. Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. La concepción política de Lenin correspondía al desarrollo real de la revolución y cada nuevo acontecimiento la reforzaba. Estas bazas fueron muy útiles en una situación revolucionaria, es decir, en medio de una lucha de clases encarnizada. El partido ordenó rápidamente su política con la concepción de Lenin, es decir, con el verdadero curso de la revolución. Gracias a ello encontró el firme apoyo de decenas de miles de trabajadores de vanguardia. En pocos meses, apoyándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores de la corrección de sus consignas. Esta mayoría, organizada en sóviets, fue capaz a su vez de atraer a los soldados y los campesinos.

¿Cómo se puede reducir ese proceso dinámico, dialéctico, a la fórmula de la madurez o inmadurez del proletariado? Un elemento importantísimo de la madurez del proletariado ruso en febrero o marzo de 1917 era Lenin. Y no llovía del cielo. Personificaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Para que las consignas de Lenin pudieran llegar a las masas hacían falta cuadros, aunque al principio fuesen pocos. Hacía falta que esos cuadros confiaran en su dirección, con una confianza basada en la experiencia anterior. Suprimir todo eso de los cálculos previsiones políticas es ignorar la revolución viva, sustituirla por una abstracción, la ‘relación de fuerzas’, ya que el desarrollo de la revolución consiste precisamente en que la relación de fuerzas cambia constante y rápidamente bajo el impacto de los cambios en la consciencia del proletariado, de la atracción que ejercen las capas avanzadas sobre las atrasadas, de la creciente confianza del proletariado en sus propias fuerzas. El resorte principal y vital de este proceso es el partido, y el resorte principal y vital del mecanismo del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son colosales.

La victoria de Octubre es un claro testimonio de la ‘madurez’ del proletariado. Sin embargo, esta madurez es relativa. Algunos años más tarde, ese mismo proletariado permitió que la revolución fuese estrangulada por una burocracia surgida de sus propias filas. La victoria no es, de ninguna manera, producto espontáneo de la madurez del proletariado. La victoria es una tarea estratégica. Hay que utilizar las condiciones favorables de una crisis revolucionaria a fin de movilizar a las masas. Partiendo el nivel dado de su madurez, hay que empujarlas hacia adelante, enseñarles a darse cuenta de que el enemigo no es omnipotente, sino que está desgarrado por contradicciones, de modo que detrás de su imponente fachada, reina el pánico. Si el partido bolchevique no hubiera logrado realizar bien ese trabajo, ni siquiera se podría hablar de la revolución proletaria. Los sóviets habrían sido aplastados por la contrarrevolución y los sesudos eruditos de todos los países habrían escrito artículos y libros repitiendo que sólo visionarios empedernidos podían soñar en Rusia con la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan poco maduro”. (Ibidem).

León Trotsky insiste en diversas ocasiones en la necesidad de la existencia de cuadros revolucionarios antes del choque histórico. El partido revolucionario no existirá antes de la revolución, pero hay que construir un partido revolucionario antes de la revolución. Trotsky concluye:

“Es cierto que durante una revolución, es decir, cuando los acontecimientos se suceden velozmente, un partido débil puede transformarse rápidamente en un partido poderoso con tal de que comprenda con claridad el curso de la revolución y de que posea cuadros experimentados que no se dejen embriagar por las palabras ni aterrorizar por la represión. Pero semejante partido debe existir antes de la revolución, ya que el proceso de formación de cuadros exige un período de tiempo considerable y la revolución no deja tiempo para ello”.

Y disponer de un periódico

En un texto publicado el 29 de marzo de 1915, en plena guerra imperialista, Lenin definió claramente lo que es un partido de tipo bolchevique:

“En una época en la que todos los diputados ‘socialistas’ (¡que se nos perdone por profanar esa palabra!) de Europa han aparecido como chovinistas o como criados de los chovinistas, en una época en la que el famoso ‘espíritu europeo’ que seducía a nuestros liberales y a nuestros liquidadores ha resultado ser una estúpida aclimatación a una legalidad servil, ha habido en Rusia un partido obrero cuyos diputados no tenían acceso a los salones burgueses e intelectuales, no brillaban por su retórica, por las sutilezas del abogado o del parlamentario ‘europeo’ sino por su vínculo con las masas obreras, por su trabajo abnegado en el seno de esas masas, por las funciones modestas, oscuras, penosas, ingratas y particularmente peligrosas del propagandista y del organizador clandestino.

*Ascender en la escala social, convertirse en un diputado o un ministro influyente de la ‘alta sociedad’, tal era **de hecho** (subrayado por Lenin) el sentido del parlamentarismo ‘socialista’ ‘europeo’ (léase: del parlamentarismo de criados). Mirar hacia abajo, ayudar a clarificar y a unir a los explotados y los oprimidos, he ahí la consigna aplicada por Muranov y Petrovski (...).*

*Los periódicos pravdistas y el trabajo ‘a lo Muranov’ fraguaron la unidad de las cuatro quintas partes de los obreros conscientes de Rusia. Cerca de 40.000 obreros compraban la Pravda; muchos más la leían. Aunque la guerra, la prisión, Siberia, los calabozos redujeran ese número cinco o diez veces, esa capa social **no puede** ser destruida (subrayado por Lenin). Vive. Está penetrada de espíritu revolucionario y de antichovinismo. **Sólo** ella (subrayado por Lenin) se alza entre las masas populares, y en lo más profundo de esas masas, como la propagandista del internacionalismo de los trabajadores, de los explotados, de los oprimidos. **Sólo** ella (subrayado por Lenin) se ha mantenido en pie en medio del hundimiento general”. (Mirar hacia abajo, Lenin, Obras, tomo 21).*

La política de construcción no es una cuestión administrativa, sino que concentra una orientación política: la “capacidad de aportar una organización que participe en las luchas revolucionarias del proletariado”. Y el periódico es el instrumento principal de su construcción.

Definiendo el bolchevismo en *¿Qué hacer?*, Lenin insiste en el papel del órgano de prensa. Define el periódico como un “organizador colectivo”, el único medio para “educar fuertes organizaciones políticas (...) llamadas a levantar una organización revolucionaria capaz de unir todas las fuerzas y dirigir el movimiento no sólo nominalmente, sino en la realidad, es decir, capaz de estar siempre dispuesta a apoyar toda protesta y toda explosión, aprovechándolas para multiplicar y endurecer un ejército apto para el combate decisivo”.

Para él, el periódico es el hilo conductor. Compara el órgano de prensa con la plomada que permite colocar las piedras allá donde conviene para que la construcción sea sólida.

Así, escribe sobre el periódico:

“Traza los contornos del edificio, facilita las relaciones entre los distintos constructores, les permite distribuir el trabajo y abarcar el conjunto de los resultados alcanzados con el trabajo organizado”.

Lenin insiste en la necesidad de reunir y organizar, y en los medios para lograrlo.

“Hacen falta organismos comunes, es decir, no sólo una etiqueta, sino un trabajo realmente común, un intercambio de materiales, de experiencia, de fuerzas, un reparto de funciones”.

Y concluye afirmando que considera posible poner en pie, en unos meses, un semanario, con una tirada de algunas decenas de miles de ejemplares, que sea

“una parte de un enorme fuelle de forja que atice cada chispa de la lucha de clases y de la indignación del pueblo, convirtiéndola en un gran incendio. (...) En torno a esta labor, de por sí muy anodina y muy pequeña aún, pero regular y común en el pleno sentido de la palabra, se reclutaría sistemáticamente y se instruiría un ejército permanente de luchadores probados”.

Inspirándose en ese método, Pierre Lambert, al publicar *Informations Ouvrières* a la vez como periódico de los militantes trotskistas y como tribuna libre de la lucha de clases, reestructuró el grupo trotskista con una política de implantación en la clase, con una orientación que prefiguraba la línea de la transición en la construcción del partido; el resultado fue un reforzamiento de la IV Internacional y a la vez dar pasos con militantes de orígenes diversos para construir juntos un partido (Véase el folleto n.º 5).

Ya que, como explicaba Lenin en *¿Qué hacer?*:

“Debemos desarrollar siempre nuestra labor cotidiana y estar siempre dispuestos a todo, porque muchas veces es casi imposible prever cómo alternarán períodos de explosiones con los de calma; y cuando es posible preverlo, no se puede aprovechar para reestructurar la organización, porque en un país autocrático la situación cambia de repente, a veces basta una incursión nocturna de los jenízaros zaristas. La misma revolución no se debe imaginar como un acto único (...), sino como una sucesión rápida de explosiones más o menos violentas, alternando con períodos de calma más o menos profunda.

Por ello, la actividad fundamental de nuestro partido, el centro de gravedad de su actividad debe consistir en una labor que es posible y necesaria tanto durante el período de la explosión más violenta, como durante el de la calma más completa, a saber: una labor de agitación política unificada en toda Rusia, que arroje luz sobre todos los aspectos de la vida y que dirija a las más amplias masas. Y esta labor es inconcebible en la Rusia actual sin un periódico que cubra todo el país y que aparezca muy frecuentemente. La organización que se forme por sí misma en torno a este periódico, la organización de sus colaboradores (en la acepción más amplia del término, es decir, de todos los que trabajan para él) estará preparada para todo, para salvar el honor, el prestigio y la continuidad en el trabajo del partido”.

La IV Internacional garantiza la continuidad del marxismo y, por ende, del bolchevismo, que es su traducción en la época de las guerras y las revoluciones.

“La IV Internacional, ya ahora, es odiada merecidamente por los estalinistas, los socialdemócratas, los liberales burgueses y los fascistas. No hay ni puede haber lugar para ella en ninguno de los Frentes Populares. Combate irreductiblemente a todas las formaciones políticas ligadas a la burguesía. Su tarea es derribar la dominación del capital. Su objetivo, el socialismo. Su método, la revolución proletaria.

Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina no hay acción revolucionaria. El régimen interno de la IV Internacional se basa en los principios del centralismo democrático: plena libertad de discusión, unidad completa en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección del proletariado. Los obreros avanzados, agrupados en la IV Internacional, muestran a su clase el camino para

salir de la crisis. Le proponen un programa basado en la experiencia internacional de la lucha emancipadora del proletariado y de todos los oprimidos del mundo. Le ofrecen una bandera sin mancha". (Programa de Transición).

En un prefacio a la edición peruana del *Programa de Transición*, Pierre Lambert escribía: *"Nosotros, partidarios de la IV Internacional, consideramos que el Programa de Transición adoptado en 1938 ha sido verificado por los acontecimientos hasta el día de hoy. Pero no presentamos el programa como un ultimátum (...). Proponemos el programa (...) como base de discusión. Ya que sólo mediante la discusión política libre y la más amplia confrontación, en una palabra, mediante la aplicación de las reglas de la democracia obrera y su respeto, se superarán las dificultades y las trampas introducidas en la lucha de clase por los partidos de colaboración de clases".*

Anexo

Plataforma de la Internacional Comunista

Primer Congreso de la Internacional Comunista - 2 de marzo de 1919

Las contradicciones del sistema mundial, antes ocultas en su seno, se revelaron con una fuerza inusitada en una formidable explosión: la gran guerra imperialista mundial.

El capitalismo intentó superar su propia anarquía mediante la organización de la producción. En lugar de numerosas empresas que competían entre sí se organizaron grandes asociaciones capitalistas (sindicatos, cárteles, trusts), el capital bancario se unió al capital industrial, toda la vida económica cayó bajo el poder de una oligarquía financiera capitalista que, mediante una organización basada en ese poder, adquirió un control exclusivo. El monopolio suplanta a la libre competencia. El capitalista aislado se transforma en miembro de una asociación capitalista. La organización reemplaza a la anarquía insensata.

Pero, en la misma medida en que, en cada Estado por separado, los procedimientos anárquicos de la producción capitalista eran sustituidos por la organización capitalista, en la economía mundial las contradicciones, la competencia, la anarquía alcanzaban una mayor acuidad. La lucha entre los mayores estados conquistadores conducía ineluctablemente a la monstruosa guerra imperialista. La sed de beneficios empujaba al capitalismo mundial a la lucha por conquistar nuevos mercados, nuevas fuentes de materia prima, mano de obra barata de los esclavos coloniales. Los estados imperialistas que se repartieron todo el mundo, que transformaron a millones de proletarios y de campesinos de África, Asia, América, Australia en bestias de carga, debían poner en evidencia tarde o temprano en un gigantesco conflicto la naturaleza anárquica del capital. Así se produjo el mayor de los crímenes: la guerra del bandolerismo mundial.

El capitalismo ha intentado superar las contradicciones de su estructura social. La sociedad burguesa es una sociedad de clases. Pero el capital de los grandes estados "civilizados" se esforzó por ahogar las contradicciones sociales. A expensas de los pueblos coloniales a los que destruía, el capital compraba a sus esclavos asalariados, creando una comunidad de intereses entre los explotadores y los explotados, comunidad de intereses dirigida contra las colonias oprimidas y los pueblos coloniales amarillos, negros o rojos. Encadenaba al obrero europeo o norteamericano a la "patria" imperialista.

Pero este mismo método de continua corrupción, que creaba el patriotismo de la clase obrera y su sometimiento moral, produjo, gracias a la guerra, su propia antítesis. El exterminio, el sometimiento total del proletariado, un monstruoso yugo, el empobrecimiento, la degeneración, el hambre en el mundo entero, ese fue el último precio de la paz social. Y esta paz ha fracasado. La guerra imperialista se ha transformado en guerra civil.

Ha nacido una nueva época. Época de disgregación y hundimiento interno del capitalismo. Época de la revolución comunista del proletariado.

El sistema imperialista se desploma. Perturbaciones en las colonias, agitación en las pequeñas nacionalidades hasta el momento privadas de independencia, rebeliones del proletariado, revoluciones proletarias victoriosas en varios países, descomposición de los ejércitos imperialistas, incapacidad absoluta de las clases dirigentes para orientar en lo sucesivo los destinos de los pueblos... ese es el cuadro de la situación actual en el mundo entero.

La Humanidad, toda cuya cultura ha sido devastada, está amenazada de destrucción. Sólo hay una fuerza capaz de salvarla y esa fuerza es el proletariado. El antiguo "orden" capitalista ya no existe. Nunca podrá existir. El resultado final de los procesos capitalistas de producción es el caos, y ese caos sólo puede ser vencido por la mayor clase productora, la clase obrera. Ella es la que debe instituir el orden verdadero, el orden comunista. Debe quebrar la dominación del capital, imposibilitar las guerras, borrar las fronteras entre los Estados, transformar el mundo en una vasta comunidad que trabaje para sí misma, realizar la solidaridad fraterna y la liberación de los pueblos.

Mientras, el capital mundial se arma para un último combate contra el proletariado. Bajo la cobertura de la Liga de las Naciones y de la charlatanería pacifista, hace sus últimos esfuerzos por reajustar las partes dispersas del sistema capitalista y dirigir sus fuerzas contra la revolución proletaria irresistiblemente desencadenada.

A este inmenso complot de las clases capitalistas, el proletariado debe responder de nuevo con la conquista del poder político, volver ese poder contra sus propios enemigos, utilizarlo como palanca para la transformación económica de la sociedad. La victoria definitiva del proletariado mundial marcará el comienzo de la historia de la humanidad liberada.

La conquista del poder político

La conquista del poder político por el proletariado significa el aniquilamiento del poder político de la burguesía. El aparato gubernamental con su ejército capitalista, bajo el mando de un cuerpo de oficiales burgueses y de *junkers*, con su policía, su gendarmería, sus carceleros y sus jueces, sus sacerdotes, sus funcionarios, etc., es, en manos de la burguesía, el más poderoso instrumento de gobierno. La conquista del poder gubernamental no puede reducirse a un cambio de personas en la constitución de los ministerios sino que debe significar el aniquilamiento de un aparato estatal ajeno, el control de la fuerza real, el desarme de la burguesía, del cuerpo de oficiales contrarrevolucionarios, de los guardias blancos, el armamento del proletariado, de los soldados revolucionarios y de la guardia roja obrera, la destitución de todos los jueces burgueses y la organización de tribunales proletarios, la destrucción del funcionarismo reaccionario y la creación de nuevos órganos de administración proletarios. La victoria proletaria la garantiza la desorganización del poder enemigo y la organización del poder proletario. Debe significar la ruina del aparato estatal burgués y la creación del aparato estatal proletario. Sólo después de la victoria total, cuando el proletariado haya roto definitivamente la resistencia de la burguesía, podrá obligar a sus antiguos adversarios a servirla útilmente, orientándolos progresivamente bajo su control, hacia la obra de construcción comunista.

Democracia y dictadura

Como todo Estado, el Estado proletario representa un aparato de coerción, dirigido ahora contra los enemigos de la clase obrera. Su misión consiste en quebrar e imposibilitar la resistencia de los explotadores, que emplean en su lucha desesperada todos los medios para ahogar en sangre la revolución. Por otra parte, la dictadura del proletariado, al hacer oficialmente de esta clase la clase gobernante, crea una situación transitoria.

En la medida en que se logre quebrar la resistencia de la burguesía, ésta será expropiada y se transformará en una masa trabajadora; la dictadura del proletariado desaparecerá, el Estado fenecerá y las clases sociales desaparecerán con él.

La llamada democracia, es decir, la democracia burguesa, no es otra cosa que la dictadura burguesa disfrazada. La tan mentada “voluntad popular” es una ficción, al igual que la unidad del pueblo. En realidad, existen clases cuyos intereses contrarios son irreductibles. Y como la burguesía sólo es una minoría insignificante, utiliza esta ficción, esta pretendida “voluntad popular”, con el fin de consolidar, con bellas frases, su dominación sobre la clase obrera para imponerle la voluntad de su clase. Por el contrario, el proletariado, que constituye la gran mayoría de la población utiliza abiertamente la fuerza de sus organizaciones de masas, de sus sóviets, para aniquilar los privilegios de la burguesía y garantizar la transición hacia una sociedad comunista sin clases.

La esencia de la democracia burguesa reside en un reconocimiento puramente formal de los derechos y de las libertades, precisamente inaccesibles para el proletariado y para los elementos semiproletarios, a causa de la carencia de recursos materiales, mientras que la burguesía tiene todas las posibilidades de sacar partido de sus recursos materiales, de su prensa y de su organización, para mentir y engañar al pueblo. Por el contrario, la esencia del sistema de los sóviets –de este nuevo tipo de poder gubernamental– consiste en que el proletariado obtiene la posibilidad de garantizar de hecho sus derechos y su libertad. El poder del sóviet entrega al pueblo los más hermosos palacios, las casas, las tipografías, las reservas de papel etc., para su prensa, sus reuniones, sus sindicatos. Sólo entonces es realmente posible establecer la democracia proletaria.

Con su sistema parlamentario, la democracia burguesa sólo da el poder a las masas de boquilla, y sus organizaciones están totalmente apartadas del poder real y de la verdadera administración del país. En el sistema de los sóviets, las organizaciones de las masas gobiernan y por medio de ellas gobiernan las propias masas, ya que los sóviets llaman a formar parte de la administración del Estado a un número cada vez mayor de obreros y de esta forma todo el pueblo obrero poco a poco participa efectivamente en el gobierno del Estado. El sistema de los sóviets se apoya de este modo en todas las organizaciones de masas proletarias, representadas por los propios sóviets, las uniones profesionales revolucionarias, las cooperativas etc.

La democracia burguesa y el parlamentarismo, por medio de la división de los poderes legislativo y ejecutivo y la inexistencia del derecho de revocar a los diputados, termina por separar a las masas del Estado. Por el contrario el sistema de los sóviets, mediante el derecho de revocación, la unificación de los poderes legislativo y ejecutivo y, consecuentemente, mediante la capacidad de los sóviets para constituir colectividades de trabajo, vincula a las masas con los órganos de las administraciones. Ese vínculo se consolida también por el hecho de que, en el sistema de los sóviets, las elecciones no se realizan siguiendo subdivisiones territoriales artificiales sino que coinciden con las unidades locales de la producción.

El sistema de los sóviets garantiza de este modo la posibilidad de una verdadera democracia proletaria, democracia para el proletariado y en el proletariado, dirigida contra la burguesía. En ese sistema, se garantiza una situación predominante al proletariado industrial, al que pertenece, debido a su mejor organización y su mayor desarrollo político, el papel de clase dirigente, cuya hegemonía permitirá que el semiproletariado y los campesinos pobres se eleven progresivamente. Esas superioridades momentáneas del proletariado industrial deben ser utilizadas para arrancar a las masas pobres de la pequeña burguesía campesina de la influencia de los grandes terratenientes y de la burguesía, para organizarlas y llamarlas a colaborar en la construcción comunista.

La expropiación de la burguesía y la socialización de los medios de producción

La descomposición del sistema capitalista y de la disciplina capitalista del trabajo hacen imposible –dadas las relaciones entre las clases– la reconstrucción de la producción sobre las antiguas bases. La lucha de los obreros por el aumento de salarios, aun en el caso de tener éxito, no implica la esperada mejora de las condiciones de existencia, pues el aumento de los precios de los productos invalida inevitablemente ese éxito. La enérgica lucha de los obreros por aumentos de salario en países cuya situación no tiene evidentemente salida, imposibilitan el progreso de la producción capitalista debido al carácter impetuoso y apasionado de esta lucha y su tendencia a la generalización. La mejora de la condición de los obreros sólo podrá alcanzarse cuando el propio proletariado se apodere de la producción. Para elevar las fuerzas productivas de la economía, quebrar lo más rápidamente posible la resistencia de la burguesía, que prolonga la agonía de la vieja sociedad creando con ello el peligro de una ruina completa de la vida económica, la dictadura proletaria debe realizar la expropiación de la gran burguesía y de la nobleza y hacer de los medios de producción y de transporte propiedad colectiva del Estado proletario.

El comunismo surge ahora de las ruinas de la sociedad capitalista; la historia no dejará otra salida a la humanidad. Los oportunistas, en su deseo de retrasar la socialización con su utópica reivindicación del restablecimiento de la economía capitalista, no hacen sino aplazar la solución de la crisis y crear la amenaza de una ruina total, mientras que la revolución comunista aparece para la verdadera fuerza productora de la sociedad, es decir, para el proletariado, y con él para toda la sociedad, como el mejor y más seguro medio de salvación.

La dictadura proletaria no conlleva ningún reparto de los medios de producción y de transporte. Por el contrario, su tarea es realizar una mayor centralización de los medios y la dirección de toda la producción de acuerdo con un plan único.

El primer paso hacia la socialización de toda la economía implica necesariamente las siguientes medidas: socialización de los grandes bancos que dirigen ahora la producción; que el poder proletario controle todos los órganos del Estado capitalista que rigen la vida económica; control de todas las empresas municipales; socialización de las ramas de la industria en manos de los trusts; socialización también de las ramas industriales cuyo grado de concentración hace técnicamente posible la socialización; socialización de las propiedades agrícolas para transformarlas en empresas agrícolas dirigidas por la sociedad.

En cuanto a las empresas de menor importancia, el proletariado debe socializarlas poco a poco, teniendo en cuenta su tamaño.

Es importante señalar aquí que la pequeña propiedad no debe ser expropiada y que los pequeños propietarios que no explotan el trabajo de otros no deben sufrir ningún tipo de violencia. Esta clase será atraída poco a poco a la esfera de la organización social, mediante el ejemplo y la práctica que demostrarán la superioridad de la nueva estructura social que libera a la clase de los pequeños campesinos y la pequeña burguesía del yugo de los grandes capitalistas, de toda la nobleza, de los impuestos excesivos (principalmente como consecuencia de la anulación de las deudas de Estado, etc.).

La tarea de la dictadura proletaria en el campo económico, sólo es realizable en la medida en que el proletariado sepa crear órganos de dirección de la producción centralizada y realizar la gestión por medio de los propios obreros. Con este objeto se verá obligado a sacar partido de las organizaciones de masas más vinculadas al proceso de producción.

En el ámbito de la distribución, la dictadura proletaria debe sustituir el comercio por un reparto justo de los productos. Entre las medidas indispensables para alcanzar este objetivo señalamos: la socialización de las grandes empresas comerciales, la entrega al proletariado de todos los organismos de distribución del Estado y de los ayuntamientos burgueses; el control de las grandes cooperativas cuyo aparato organizativo tendrá todavía durante el período de transición una importancia económica considerable, la centralización progresiva de todos esos organismos y su transformación en un todo único para la distribución racional de los productos.

Al igual que en el campo de la producción, en el de la distribución es importante utilizar a todos los técnicos y especialistas cualificados, tan pronto como se quiebre su resistencia en ámbito político y estén en condiciones de servir, en lugar de al capital, al nuevo sistema de producción.

El proletariado no tiene intención de oprimirlos. Por el contrario, sólo él les dará la posibilidad de desarrollar la más potente actividad creadora. La dictadura proletaria reemplazará la división del trabajo físico e intelectual, propia del capitalismo, por la unión del trabajo y la ciencia.

Al tiempo que expropie las fábricas, las minas, las propiedades, etc., el proletariado debe poner fin a la explotación de la población por los capitalistas propietarios de inmuebles, entregar los grandes edificios a los sóviets obreros, instalar a la población obrera en los pisos burgueses, etc.

En el transcurso de esta gran transformación, el poder de los sóviets por una parte debe constituir un enorme aparato de gobierno cada vez más centralizado en su forma y por otra parte debe convocar a un trabajo de dirección inmediato a sectores cada vez más vastos del pueblo trabajador.

El camino de la victoria

El período revolucionario exige que el proletariado utilice un método de lucha que concentre toda su energía, es decir la acción directa de las masas, con todas sus consecuencias, llegando hasta el choque directo y la guerra declarada contra la máquina gubernamental burguesa. A ese objetivo deben subordinarse todos los demás medios, por ejemplo la utilización revolucionaria del parlamentarismo burgués.

Las condiciones preliminares indispensables para esta lucha victoriosa son: la ruptura no solamente con los lacayos directos del capital y los verdugos de la revolución comunista –cuyo papel asumen actualmente los socialdemócratas de derecha– sino también la ruptura con el “centro” (grupo Kautsky) que en el momento crítico abandona al proletariado y se une a sus enemigos declarados.

Por otra parte, es necesario realizar un bloque con aquellos elementos del movimiento obrero revolucionario que, aunque no hayan pertenecido antes al Partido Socialista, se ubican ahora totalmente en el terreno de la dictadura proletaria en su forma soviética, es decir con los elementos correspondientes del sindicalismo.

El crecimiento del movimiento revolucionario en todos los países, el peligro de que esta revolución sea ahogada por la liga de los Estados burgueses, las tentativas de unión de los partidos traidores al socialismo (formación de la Internacional amarilla en Berna) con el objetivo de servir vilmente a la Liga de Wilson, y finalmente la necesidad absoluta de que el proletariado coordine sus esfuerzos, todo esto nos conduce inevitablemente a fundar la Internacional Comunista, verdaderamente revolucionaria y verdaderamente proletaria.

La Internacional, que se revelará capaz de subordinar los intereses llamados nacionales a los intereses de la revolución mundial, logrará así la ayuda mutua entre los proletarios de los diferentes países, mientras que sin esta ayuda mutua, económica y de otro tipo, el proletariado no estará en condiciones de construir una nueva sociedad. Por otra parte, al revés que la Internacional Socialista amarilla, la Internacional proletaria y comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, con el propósito de acelerar la caída final del sistema imperialista mundial

Los malhechores del capitalismo afirmaban al comienzo de la guerra mundial que sólo defendían a su patria. Pero el imperialismo alemán reveló su naturaleza bestial a través de una serie de sangrientos crímenes cometidos en Rusia, Ucrania, Finlandia. Y ahora se ponen a su vez en evidencia, aun a los ojos de los sectores más atrasados de la población, las potencias de la Entente que saquean el mundo entero y asesinan al proletariado. De acuerdo con la burguesía alemana y los socialpatriotas, con la palabra Paz en los labios, se esfuerzan por aplastar con tanques y tropas coloniales ignorantes y bárbaras, la revolución del proletariado europeo. El terror blanco de los burgueses caníbales ha sido indescriptiblemente feroz. Son innumerables las víctimas en las filas de la clase obrera, que ha perdido a sus mejores campeones: Liebknecht, Rosa Luxemburg.

El proletariado debe defenderse por todos los medios. La Internacional Comunista convoca al proletariado mundial a esta lucha decisiva.

¡Arma contra arma!

¡Fuerza contra fuerza!

¡Abajo la conspiración imperialista del capital!

¡Viva la República internacional de los sóviets proletarios!

Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI)
(sección española de la IV Internacional)

inforposi@gmail.com

<http://www.posicuarta.org>

Teléfono: 915222356 - Fax: 915217201

